
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
DEPÓSITO DE CADÁVERES
CURTIS GARLAND

Era la Muerte misma.

La más increíble y atroz apariencia de la Muerte. Su descarnada, purulenta presencia.

Bajo el arrancado manto púrpura, estaba el horror mismo que una mente enloquecida podía imaginar. Encerrado en una urna de tapa de cristal.

Un féretro macizo, con su superficie transparente, dejando ver en su interior aquella figura dantesca, propia de la más insólita pesadilla.

El vestido verde, de brillante raso, empezaba a ensuciarse con la purulenta, nauseabunda baba de una putrefacción avanzada ya. Las manos eran regueros de gusanos, removiéndose en un caldo lívido que chorreaba de los dedos, puro hueso y carne putrefacta.

En cuanto al rostro del cadáver allí guardado…

El rostro era abominable, delirante.

Sólo el dorado, largo cabello rubio, sedoso, que vieran antes en el retrato, se mantenía prácticamente intacto. Lo demás, era pulpa viscosa, carne putrefacta, adherida a jirones a la calavera de la mujer. La boca era un espumoso hervidero de gusanos, sobre los descarnados dientes iguales, nítidos como piezas de marfil. No había ya nariz. Y los ojos eran sólo dos cuencas vacías, oscuras, rezumando una viscosidad verdosa, entre la que se movían las criaturas repugnantes de la corrupción, como larvas de hediondez.



Curtis Garland

Depósito de cadáveres

Bolsilibros: Selección Terror - 39

ePub r1.0
Titivillus 07.02.15

Título original: *Depósito de cadáveres*
Curtis Garland, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

SHOCK

La mujer de los ojos sangrientos llegó puntual. Como cada noche.

Era ciega. Sus pupilas glaucas no veían. Y rezumaban sangre. Goterones de sangre que se deslizaban entre sus sedosas pestañas negras. Negras como la larga melena azabache. Negras como la noche. Negras como la oscuridad de sus ojos invidentes, vacíos y terribles.

La Dama de las Pupilas Sangrantes, la Ciega abominable de la noche de brujas, estaba ya allí. Otra vez. Como siempre. Como todas las noches. Y cada vez más cercana, más amenazadora y terrible.

Su cuerpo majestuoso, envuelto en gasas negras y translúcidas, tenía algo de obscena en su propia soberbia demoníaca. Los labios eran rojos como la propia sangre. La piel, pálida y fría como el mármol. Como la epidermis de los muertos.

La contempló con terror. Con el miedo terrible a su presencia siniestra e implacable. Luego, descubrió, angustiada, sus manos esqueléticas y blancas, de engarfiadas uñas, largas y puntiagudas. Y comprendió, al descubrir la mueca maligna en la boca sensual, perversa, llena de crueldad, que ella captaba su terror. Que lo intuía, aun sin ver su gesto horrorizado y trémulo.

Más aún. Repentinamente, la mujer que lloraba sangre, elevó despacio sus brazos, entre un flotar extraño de gasas negras.

Las uñas curvadas, como garras de presa, apuntaron hacia ella. Hacia Ilona Vaszary, la muchacha presa del terror, de la angustia a lo desconocido…

E Ilona supo que aquellas garras de mujer eran para ella. Para

sus propios ojos. Para vaciárselos y dejarla ciega…

¡*Ciega*! En la oscuridad eterna, como la dama de la noche.

—¡Oh, no, no! —chilló de repente Ilona—. ¡Dios mío, no…!

Y trató de huir.

Pero era tarde. Sus pies no se movieron del suelo. Era como haber echado raíces en el mismo. Como sentirse adherida a las baldosas de aquel largo corredor helado, donde se agitaban las cortinas oscuras, movidas por un viento irreal, que hacía bailotear las llamas de las lámparas de gas, dentro de sus globos rosados.

No pudo escapar. Y la mujer siniestra llegó hasta ella. Lágrimas escarlata surcaban su rostro marmóreo. Las uñas corvas rozaron heladamente la epidermis estremecida de Ilona. El alarido de ésta retumbó en el interminable corredor, rebotando de muro en muro, perdiéndose como un lamento inútil, a través de las ventanas abiertas a la noche.

Luego, los labios de la Dama de las Pupilas Sangrantes, modularon unas profundas, huecas y terribles palabras:

—Ya eres mía. Mía para siempre. Ven a mi reino de sombras y de sangre, hermosa Ilona…

—¡No, no! —chilló ella, angustiada—. ¡Eso, no! ¡Por favor, no me lleven! ¡No me toquen!

Pero todo era inútil. La mujer de la noche la tocaba ya. Hincó de repente sus uñas en las mejillas de Ilona. Ésta gritó, al sentir el profundo y terrible dolor bajo su piel, notando que su sangre corría por las heridas, mientras los alucinantes ojos glaucos y vacíos de la ciega, se clavaban en ella como dardos de fuego, como si les fuera posible ver, penetrar sin pupilas, más allá de las formas tangibles. Hasta el cerebro mismo de Ilona Vaszary.

Era como si algo, un fluido perverso, un ardor satánico, penetrase por sus heridas del rostro… Ilona exhaló un gemido ronco. Quiso resistir, y no pudo. Sintió que se desvanecía, que perdía la noción de todo…

Y en sus oídos, antes de hundirse en las tinieblas, captó la voz sutil, diabólica, persuasiva y melosa:

—Ya eres mía… Mía para siempre. Ven. Ven a mi reino de sombras y de sangre…

Luego, ya no supo más. Todo era oscuridad. Insondable y fría oscuridad.

* * *

Despertó bruscamente.

Siempre le sucedía igual cuando tenía aquella pesadilla. Era un despertar violento y angustioso. Y el sueño siniestro, con su abominable ciega de ojos sangrantes.

Por fortuna, era sólo eso: un sueño. Un extraño sueño que nunca había logrado explicarse. Pero que se repetía una y mil veces. Hasta casi parecer real. Hasta obsesionarla y hacerle pensar en tétricas ideas de muerte, de superstición, e incluso de terror.

Un inexplicable, indefinido terror…

—¿Se encuentra bien, señorita Vaszary?

La voz suave, la voz amable y amistosa de ella. De la enfermera Groth. La miró, sorprendida. Al despertar, había creído estar sola. Pero, no. La enfermera estaba allí. Sentada a la cabecera de su lecho. Mirándola con expresión profesional pero amistosa. Como si quisiera ayudarla. Y, en realidad, tal vez la quisiera ayudar. A pesar de su aspecto físico, fornido y vigoroso. A pesar de su expresión seria, pensativa, a veces hostil, a veces ambigua e indiferente.

—Le dije si se encuentra bien —insistió la enfermera, con una sonrisa en su rostro ancho, mofletudo, inclinándose hacia ella.

—Sí, sí… —musitó Ilona—. Creo que sí…

—Bien. Entonces, serénese, muchacha —sonrió—. La he notado un poco excitada, tanto durante el sueño como al despertar. ¿Tuvo alguna pesadilla?

—¿Pesadilla? —Se estremeció Ilona—. Sí, creo que soñé algo desagradable…

—¿Puede recordar lo que fue?

—Pues…, no, no exactamente… Sólo tengo idea de que era algo poco agradable —mintió la muchacha, tras una vacilación—. Algo que ya olvidé…

—Ya —el gesto de la enfermera reveló acritud, como si no le convenciera en absoluto la evasiva de Ilona—. Hubiera sido buena cosa recordarlo. El doctor Siodmak necesita datos sobre sus influencias oníricas y psíquicas para estudiar a fondo su caso.

—El doctor Siodmak… —instintivamente, un escalofrió sacudió a Ilona… Era algo que le sucedía siempre que mencionaban al médico. Cerró sus ojos, con cansancio, al proseguir serenamente—:

Quisiera hacerles comprender, de una vez por todas, que todo esto carece de sentido: el período de observación, el estudio de mis reacciones y de mi estado físico y mental… Insisto, enfermera Groth: no padezco absolutamente de nada. No tengo enfermedad alguna, y mi estado es enteramente normal.

—El doctor Siodmak no está haciendo esto gratuitamente, ni por capricho, señorita Vaszary —le objetó gravemente la enfermera—. Usted ha padecido un trauma, un *shock* difícil, y su tío ha creído oportuno realizar toda clase de esfuerzos en su favor. No crea que el doctor es barato precisamente. Hoy en día, tanto como médico privado, en su consultorio de la ciudad, como director del Sanatorio de Enfermos Mentales del Torreón Negro, es el más prestigioso y cotizado de todo Viena.

—El Torreón Negro… —repitió ella, en un susurro ahogado. Sus ojos azules revelaron inquietud, casi terror—. Eso…, eso es el Manicomio, ¿verdad?

—Por Dios, señorita Vaszary —se escandalizó la robusta enfermera—. ¡Qué modo de calificar al establecimiento del doctor Siodmak! Es un auténtico sanatorio privado, no el manicomio del Estado, con sus horribles métodos anticuados. El doctor es un científico, un médico innovador, un hombre de ideas nuevas. Pretende dar a la Medicina, un aspecto renovado y distinto, más propio del futuro y ya cercano siglo veinte que de estos últimos lustros del diecinueve.

Había hablado con orgullo, con arrogancia. La señorita Groth no podía ocultar su espíritu rígidamente teutón, de buena alemana, compatriota del doctor Siodmak. Para ella, su jefe era el mejor médico, su establecimiento clínico el mejor, y sus métodos superiores a los demás. La superioridad germana se tenía que revelar en todo. Incluso allí, en Viena.

—De todos modos —objetó tímidamente Ilona—, es un recinto para locos…

—¿Locos? —La enfermera la estudió con fijeza—. ¿Por qué le preocupa eso?

—No me preocupa —se apresuró a replicar la paciente—. Sólo pensaba sobre lo que usted dijo antes, enfermera Groth.

—Pues no piense en ello —suspiró la ayudante del doctor Siodmak, poniéndose en pie con rigidez. Su voluminoso torso,

ceñido por el tejido blanco, almidonado, se adelantó, belicoso. Su voz sonó enérgica—. Ahora, permanezca tranquila, muchacha. Voy a atender otro caso en observación. Volveré en seguida. Relaje sus nervios. El doctor Siodmak la atenderá personalmente dentro de una hora, poco más o menos.

Ilona asintió, viendo salir a la enfermera. Se quedó sola, en el lecho de aquella blanca, aséptica sala clínica del consultorio psiquiátrico del doctor Karl Siodmak.

Entornó los ojos, pensativa. Aún no entendía muy bien lo que estaba sucediendo. Desde el incendio, nada estaba bastante claro.

El incendio…

La idea la horrorizó. Procuró olvidar, no pensar en ello. Pero era difícil. Muy difícil. Las imágenes del fuego, de las llamas en el jardín, devorando el palacete minúsculo, encristalado…

Y la figura dentro. Agitándose, retorciéndose entre el fuego, hasta ser sólo una pavesa humana, una figura carbonizada, hundiéndose definitivamente en las altas llamaradas con insoportable olor a petróleo…

—¡Oh, no, no! —Sollozó, tapándose los oídos, para no escuchar el crepitar del incendio, cerrando los ojos para no ver la forma humana ennegrecida. Pero sonidos e imágenes seguían allí, en su mente, grabados para siempre—. ¡No, Sandor, querido primo Sandor, no puede suceder eso…!

Pero había sucedido.

Y el recuerdo continuaba. Como una dolorosa herida. Como una cicatriz siempre sangrante. Como una obsesión.

Sandor. Sandor y el fuego. Sandor y las llamas envolviendo el pequeño palacete… Ni siquiera ahora, tras los sedantes y el sueño, le era posible olvidar, dejar de pensar…

El *shock*. El terrible *shock* de aquella noche en Wundergarten.

Por causa de él se encontraba ahora allí. El *shock* y sus consecuencias. Su estado anímico, su depresión, sus crisis. Tío Zoltan había tomado su decisión. Y esa decisión tuvo un nombre: el doctor Siodmak, el más conocido médico psiquiatra de Viena. El galeno de moda entre la sociedad, según decían.

Ilona se agitó en el lecho, inquieta. Sentía preocupación, sin saber por qué. Sentía inquietud, dudas, un oculto e inexplicable temor. El temor a algo que desconocía. Y que, sin embargo,

presentía que se hallaba muy cerca…

La soledad no le asustaba. Casi era agradable. Prefería verse sola, a tener cerca de ella a personas como la enfermera Groth, fría y deshumanizada observadora de problemas ajenos.

Tal vez, en el fondo, quería estar sola. Era confortante sentirse sola.

Sin embargo, de repente, supo que no estaba sola.

Fue una impresión súbita e inquietante. Con un instintivo temor, giró la cabeza, pensando en su fuero interno que todo era un simple error, el fruto de sus ocultos terrores…

Miró a la puerta lateral, la que comunicaba con el pequeño cuarto de aseo. No supo por qué, pero miró hacia allá.

Su boca se abrió, para emitir un largo, tremendo, pavoroso grito de horror.

* * *

Allí estaba. Ella…

¡La Dama Ciega de los Ojos Sangrientos!

—No… —susurró, incrédula, invadida por el pánico—. No puede ser… ¡Eso NO ES un sueño! Ciertamente. No era un sueño. Estaba despierta. Y bien despierta.

Y *ella* estaba allí. Ella, la terrible mujer de los velos negros, de la palidez siniestra, de los ojos vacíos, goteando sangre… La dama tétrica, de las uñas de garfio, del largo cabello negro, de las ensangrentadas pestañas sedosas…

No era posible. Aquello *no podía* suceder. Era sólo una pesadilla, no una realidad. Y, sin embargo…

¡Sin embargo, la terrible mujer de las tinieblas no sólo estaba allí, sino que se movía ya hacia ella, con los mismos andares lentos e implacables de sus sueños!

Ilona salió del lecho, estremecida de pavor, desorbitados sus ojos, lívida y crispada su bella faz, ante aquel hecho imposible.

—Ya eres mía… Mía para siempre…

¡La voz!

Ella estaba hablando. Con aquella misma voz, profunda y escalofriante, como llegada de ultratumba. La voz de la muerte. O

de algo aún más oscuro e indescriptible.

—Ven a mi Reino de Sombras y Sangre, hermosa Ilona…

Seguía. Implacable, helada, mortal. La voz de un Más Allá aterrador, espeluznante. Con las mismas palabras, con los mimos, exactos términos que en su pesadilla.

Desesperada, trémula, Ilona Vaszary retrocedía ante aquella figura pavorosa, erguida en el umbral, tremenda en su significado, en su presencia… ¡Y ahora, alzando sus manos, blancas y esqueléticas, apuntó con sus engarfiadas uñas hacia ella!

El nuevo grito de Ilona fue desgarrador. Semidesnuda, como estaba en el lecho, se precipitó hacia la salida de la blanca habitación, perseguida por aquella voz, honda y fría como las simas insondables de la Eternidad.

—¡Dios mío, ayuda! ¡Socorredme! ¡La dama, la dama quiere vaciar mis ojos! ¡No es un sueño! ¡Está aquí, está aquí…!

Corría desesperadamente por el largo pasillo blanco, intentando huir de aquello, del horror materializado en su propia habitación de la consulta del doctor Siodmak, en su Pabellón de Observación.

Miró atrás una vez, y descubrió, con el cabello erizado, el rostro de la Dama Ciega, asomando maligno en la puerta de la habitación. Mirándola, inexorable.

Su carrera se hizo más urgente, más desesperada, hasta el punto que resbaló sobre las baldosas y, sin poder conservar el equilibrio, se desplomó, primero de rodillas y luego de bruces, dando una voltereta su cuerpo, justo en el recodo del corredor, y quedándose boca abajo, en el suelo, justamente con la visión, ante sus ojos, de unos botines grises y negros, lustrosos e impecables, parados en la esquina del pasillo.

Alzó ella la mirada. Descubrió la bata blanca, sobre el pantalón gris oscuro…

Más arriba, la mirada negra, centelleante y profunda, del doctor Siodmak, se clavó en ella. El rostro anguloso, la barbita recortada y cuidada, unida al bien dibujado bigote, revelaba severidad y reproche.

—Señorita Vaszary —preguntó fríamente—. ¿Qué significa esto?

Ilona descubrió también la presencia irritante de la enfermera Groth, algo más atrás que el doctor Siodmak.

Se mantuvo callada, jadeante, durante unos momentos. Luego,

atinó a musitar, con voz quebrada:

—El… el sueño… ¡Ha vuelto la pesadilla…! ¡Pero se ha hecho realidad, doctor! ¡Tiene que creerme!

El doctor Siodmak y la enfermera cambiaron una mirada. Luego, el médico se inclinó, interrogando:

—Señorita Vaszary, ¿qué pretende decirme con eso? ¿Qué es lo que le sucede?

—El sueño… —insistió ella, frenética—. ¡Vaya, doctor, por Dios! ¡En mi habitación! Ella está allí…

—¿Ella? ¿Quién es *ella*? —Replicó con acritud la enfermera—. Estaba usted sola…

—¡No, no! —gimió Ilona—. ¡Está ella, la Dama Ciega!

El doctor Siodmak la ayudó a incorporarse, hablando con tono paternal, afable:

—Bien, bien. Vamos allá, se lo ruego. Comprobaremos eso.

Llegaron en breve tiempo a la habitación. El corredor aparecía desierto. También la habitación. Y el aseo, adonde les guió, excitada, Ilona, no mostró ni el menor rastro de la terrorífica dama sangrienta.

—¡Estaba aquí, salió de esta habitación! —insistió ella, con voz exasperada.

—¿De aquí? —Dudó de modo ostensible el doctor Siodmak. Miró el cuarto de aseo, blanco y aséptico, su única ventana, que fue a abrir, mostrándose el enrejado de alambre que hubiera impedido a cualquiera salir o entrar sin romperlo—. Señorita Vaszary, ¿puede decirme usted *cómo* y *por dónde* pudo entrar nadie aquí?

—No lo sé, doctor. No lo sé. Pero esa horrible mujer de mis pesadillas, ese súcubo o vampiro, o lo que sea… ¡vino a mí en la realidad, salió materializada del mundo de mis sueños! ¡Debe creerme, tiene usted que creerme, doctor! —imploró Ilona, angustiosamente.

La reacción del doctor Siodmak, fue notablemente humana y comprensiva. Tanto, que sorprendió a la propia Ilona.

—Naturalmente que la creo, amiga mía —su rostro grave, serio, mostró una leve sonrisa amistosa y confiada. Oprimió una de sus manos, afectuoso—. La creo y la voy a ayudar.

—¿De… de veras?

—Sí, señorita Vaszary. Va a ser usted trasladada a otra

habitación, con otra paciente en observación. Eso impedirá que nadie se acerque a usted. La enfermera Groth le administrará un calmante para sus nervios. Y todo el recinto va a ser registrado, en busca de esa mujer. No debe temer nada.

Momentos más tarde, todo estaba resuelto para Ilona.

Acomodada en una habitación, con una señora de canosos cabellos, que dormía profundamente, a medio cubrir con las ropas de la cama, la enfermera Groth le inyectó un fármaco, y la ayudó a acostarse, calmándola con palabras amables y serenamente profesionales.

Luego, ella y el doctor Siodmak se retiraron. Ilona, más calmada, quedó sola, en el confortable lecho, sintiendo cierto leve sopor. Vio que su vecina de lecho se agitaba bajo las sábanas. Y le formuló una tímida pregunta:

—¿Qué… que es lo que le sucede a usted, señora? ¿Se encuentra bien?

La paciente se incorporó, apartando las ropas de su lecho. Una mano pálida, arrancó de la cabeza la peluca canosa. Aparecieron los negros cabellos, largos y lustrosos.

¡LA DAMA DE LOS OJOS SANGRIENTOS! Un alarido terrorífico rasgó el silencio. Ilona, sacudida por un pánico demencial, gritó, gritó, gritó… mientras goterones de sangre caían de los vacíos ojos terribles de la dantesca mujer, empapando las sábanas.

Ilona corrió a la blanca puerta cerrada, trató de abrirla… Estaba herméticamente cerrada. Golpeó y golpeó, con desesperación. La Dama, a su espalda, se movía, jubilosa, hacia ella. Ilona, con una convulsión, puso sus ojos en blanco, notó que se ahogaba, que su corazón se paralizaba. Su garganta seca siguió emitiendo gritos roncos, exaltados, espasmódicos. Como si estuviera en el límite mismo de la locura total.

La Dama Ciega, la hermosa sangrienta súcubo de sus pesadillas, se inclinó, inexorable, sobre ella. Sus garras afiladas fueron en busca de sus ojos. Sus dientes, agudos como colmillos de fiera sanguinaria, buscaron su garganta.

—Ya eres mía, Ilona… Mía para siempre… —retumbó su voz de ultratumba en el cráneo de Ilona Vaszary, en sus más profundos rincones de la mente.

Y eso fue todo.

Ilona, de repente, perdió la noción de cuanto sucedía. Se hundió en la nada, en la inconsciencia, acaso en el Reino de sombras y de sangre de la Dama Ciega…

* * *

—Bien, señor Vaszary —suspiró el doctor Siodmak, dando una tranquila chupada a su cigarrillo aromático. Se cruzó de piernas, indolente, retrepándose en el confortable sofá verde esmeralda—. Todo se hizo conforme a sus deseos.

Zoltan Vaszary asintió, sonriente. Cruzó su mirada con Tania. Con su hermosa y lejana sobrina Tania, la morena sensual, de expresión lasciva y astuta, que se acomodaba junto a él. Ella sonrió, con una mueca golosa en los labios gordezuelos. Prácticamente, Tania Duska apenas sí tenía tal parentesco con Zoltan. Pero los Duska siempre habían sido parientes lejanos de los Vaszary, allá en Budapest.

—Estoy muy satisfecho de usted, doctor Siodmak —habló Zoltan, con una luz diamantina en sus claros ojos agudos, como dos crueles zafiros en su rostro enjuto, afeitado y pálido, bajo la cabellera salpicada de mechas canosas, muy cuidadas—. Y voy a ser generoso…

Extrajo de su bolsillo un considerable fajo de billetes, de elevado valor, que puso en la mano del médico. Éste, rápidamente, guardó la suma en su bolsillo.

—Recuerde que esto es sólo el primer pago, señor Vaszary —sonrió el médico.

—Por supuesto —el brazo de Zoltan rodeó los hombros desnudos de Tania, en gesto muy poco paternal, desde luego. La atrajo hacia sí—. En cuanto mi sobrina sea declarada oficialmente loca, y usted la ingrese en el sanatorio del Torreón Negro, pasando a ser Tania y yo los únicos dueños de la fortuna de los Vaszary, que ella debe recibir a su mayoría de edad, dentro de dos meses…

—Eso, puede usted tenerlo por resuelto, señor Vaszary —afirmó gravemente Siodmak—. Existen testigos de sus crisis histéricas y sus ataques de demencia, que la hacen confundir la realidad y los sueños. Ahora está internada, calificada como víctima de *locura*

visionaria e histerismo demencial. Pasará al sanatorio hoy mismo, no lo dude. Y de allí no se sale, si no es para el cementerio, amigo mío. De eso, me ocupo yo.

Zoltan asintió, risueño. Llenó de nuevo las copas de buen licor, y alzó la suya brindando:

—Por el doctor Siodmak, el mejor y más inteligente de los psiquiatras de Viena… y de toda Europa. Por nuestra mutua fortuna, doctor.

Bebieron. Una triple sonrisa de triunfo iluminó malignamente sus rostros.

Abajo, en un carruaje, una hermosa mujer de largo cabello, negro y sedoso, esperaba al doctor Siodmak, calculando el saneado dinero que los Vaszary iban a pagar a su amante, el doctor Karl Siodmak, por enloquecer a una muchacha nerviosa e hipersensible, llamada Ilona…

Ésta, de haber podido ver en el interior del confortable carruaje de caballos, hubiera identificado a la hermosa Kristina Warsen, la amante de Siodmak, como la Dama de los Ojos Sangrientos de sus siniestras pesadillas… y sus trágicas realidades.

CAPÍTULO II

MORGUE

El Teatro Nacional de la Opera vivía sus últimos años de existencia.

Un nuevo edificio, en la Wienplatz, substituiría al viejo coliseo suntuoso de la Kaiserstrassen. Pero todavía una temporada, la última, de *ballet* y ópera, se desarrollaba esplendorosa en el teatro que conociera las grandes épocas del Imperio austrohúngaro y de las rutilantes monarquías europeas de los siglos XVII y XVIII.

Ahora, a fines del XIX, nuevos estilos arquitectónicos y artísticos empezaban a imperar en Europa. Y el bello, pero anticuado edificio de Kaiserstrassen, era ya casi una rémora. Podría ser un buen museo, pero nada más. Mozart, Wagner, Gluck y otros grandes compositores, habían pasado por su escenario. Gran número de cantantes y de ilustres figuras de la danza, eslavos en su mayor parte, formaban hitos de la historia y vida del Teatro Nacional de la Opera de Viena, que no vería ya el nuevo siglo con sus taquillas y platea abiertas al mejor público vienes. En el palco principal, aún se conservaba el retrato firmado del emperador Francisco José, y un costoso abanico de la infortunada Sissi, la emperatriz austríaca, era pieza preciada del museo del Teatro Nacional, en el que incluso Gluck dejara un día, en nombre de su bella y egregia protectora, un documento firmado y unos prismáticos de oro de la reina María Antonieta.

Pero aún con toda esa carga de recuerdos y efemérides históricas, el viejo teatro tocaba a su fin como tal. Eso lo sabía todo el mundo, incluso los forasteros o turistas en Austria. Y más aún si ese viajero era, como Dennis Coward, un amante del bel canto y de la danza.

Quizá por ello, apenas llegó de Londres, adquirió dos plateas del Teatro Nacional. Una, para la representación del *Tristán* wagneriano. Y otra, para el *ballet* de la Sociedad Real de Danza de Viena, que presentaba una selecta programación clásica.

Luego, seguro de asistir a ambos acontecimientos artísticos, el joven doctor Dennis Coward, de la Real Facultad de Psiquiatría de Londres, se ocupó de sus más importantes cuestiones personales y profesionales, especialmente de enviar un despacho a la persona a cuyas órdenes debía trabajar mientras permaneciese en Viena. Después de todo eso, bajó a cenar al comedor del hotel Imperial, donde se alojaba, frente a la vista romántica y bellísima del Danubio.

Después de probar las exquisitas muestras de la buena cocina vienesa, el doctor Coward subió de nuevo a su habitación, para recoger su macferlán y su sombrero alto, de peluche azul oscuro, que completaba su ya irreprochable indumentaria. Un caballero inglés, jamás cenaba sin ir impecablemente ataviado, como para una gala solemne. Y Coward, aunque joven, poco experto aún como especialista en moderna Psiquiatría, y reciente su título profesional, era todo un caballero de una excelente familia británica: los Coward-Cunningham.

Esa noche, Dennis Coward asistió a la representación de *Tristán*. Y se llevó la grata sorpresa de poder admirar a una Isolda joven, esbelta y bellísima, como pocas cantantes de ópera podían serlo.

Una cantante, además, de garganta prodigiosa, de registros sonoros espléndidos, de voz brillante y bien timbrada, dotada de una inmejorable escuela lírica.

Hilde Gruber, la gran soprano del Teatro Nacional de la Opera de Viena, era realmente una cantante excepcional que, además, poseía los dones maravillosos de su juventud, sus atractivos físicos, su elegancia y personalidad, su alto estilo. Y, sobre todo, su garganta.

Su inapreciable, fabulosa garganta de gran cantante, de voz de oro.

Una garganta que esa misma noche, tras la representación de *Tristán e Isolda*, se quebró para siempre, en medio de un baño de sangre, cuándo una afilada hoja de acero la segó de oreja a oreja…

* * *

El grito de agonía de Hilde Gruber, triunfal Isolda de aquella noche, empezó agudo, vibrante y cristalino, como una nota musical en su partitura. Pero se rompió pronto, en un gorgoteo de sangre atroz. Al tiempo que el arma segaba su cuello brutalmente, sus labios rojos, maquillados aún, como el resto de su rostro para la rubia nórdica operística, se llenaron de borbotones escarlata.

Se congeló el alarido de muerte, como un coágulo sonoro, y la garganta maravillosa nunca más marcó sus registros melodiosos y perfectos. Enmudeció para siempre en un estertor ahogado, roto.

Y la muerte fue el silencio para Hilde Gruber.

Su asesino se echó atrás. Contempló con ojos helados a la víctima. Las manos enguantadas de negro, apretaban aún la empuñadura del arma sangrante. Gotas rojas salpicaban sus dedos, e incluso la manga de su abrigó largo y oscuro, totalmente abotonado.

Bajo el ala del sombrero negro, de copa alta, el rostro era un manchón lívido y borroso, en la penumbra de las luces de gas. Sobre el Danubio, caían unos ligeros copos de nieve que no llegaron a cuajar. El empedrado brillaba, negro y charolado como la capota de los *fiacres* que iban abandonando las inmediaciones del Teatro Municipal de la Opera.

Hilde Gruber, resbalando lentamente por la pared posterior del edificio, bajo una farola de gas que daba luz azulada a un afiche de la representación, con su nombre en grandes letras, terminó encogida, entre el suelo y el muro, desangrándose lentamente. El reguero rojo creció y alejó, dibujando estrías siniestras en el empedrado.

—Ha sido culpa tuya, Hilde —dijo roncamente el degollador, con expresión alucinada—. Sólo tuya, maldita sea… Tu culpa, no la mía…

Arrojó el arma contra el suelo, y dio media vuelta, para emprender veloz carrera. Sus piernas se enredaron en los pliegues de raso y seda del vestido de la Gruber, empapado de sangre. Tropezó y cayó, manchándose las rodillas de rojo. Juró entre dientes el asesino, y buscó apoyo para no caer.

Su mano se afianzó, sin querer, en lo primero que tuvo a su

alcance: la cabeza ladeada, pesadísima, sangrante, de la bella tiple. Los dedos tocaron su boca crispada, sus ojos desorbitados, del color de ámbar, que se movieron, como vivos; al contacto de la mano.

Exhaló el criminal un grito ronco, entre furioso y asqueado, y se incorporó, enrojecida su mano, que limpió, lleno de repugnancia, en su propio abrigo, sobre el forro de seda gris.

Luego, su figura se perdió en la noche, en dirección al oscuro sector ribereño del Danubio, donde le esperaba un carruaje negro de dos caballos, sin conductor en el pescante.

Subió él, tomando riendas y látigo. Poco después, el vehículo rodaba presuroso, perdiéndose de modo definitivo en la oscuridad, hacia los distritos residenciales del norte de la ciudad.

El cadáver desangrado de Hilde Gruber fue hallado por una de las bailarinas de la compañía, que abandonó el teatro algún tiempo después de la cantante, cuando ya no quedaba prácticamente nadie en el interior, y las luces del recinto iban siendo apagadas por el vigilante nocturno de servicio en el viejo coliseo, de la Kaiserstrassen.

Un chillido espeluznante de la muchacha, atrajo la atención del conserje de la puerta del escenario. Y también de algunos transeúntes, pese a la inclemencia de la noche.

La policía vienesa se personó en el lugar poco después, para iniciar las pesquisas. Pero la víctima del horrible crimen, sólo podía tener un destino ya: el depósito de cadáveres.

La Morgue de Viena.

* * *

Las puertas se abrieron con un agrio chirrido.

—Hay que engrasar esas bisagras, señor —dijo Hans Stern, el inválido ayudante de la Morgue, volviéndose con disgusto a su patrón—. Hacen un ruido muy molesto.

—Hazlo mañana, Stern —suspiró pensativo el profesor Fedor Zakoff, médico experto en disección y antiguo forense en San Petersburgo, de donde procedía. En Viena había conseguido la cátedra de profesor en Biología, para terminar solicitando, tras un penoso incidente motivado por su afición al alcohol, aquel cargo de

director de la Morgue, donde esperaba que unos pocos años sirvieran para olvidar su paso en falso, y reintegrarle a su cátedra.

El chirrido de bisagras aumentó al entrar el funcionario forense, con una lista en la mano, y detenerse junto a la farola de gas del gélido vestíbulo del recinto mortuorio.

—¡Eh, ya estamos aquí! —voceó, con la brutal indiferencia que da la rutina—. ¡Traigo seis clientes para su hotel! ¿Tienen plazas o no?

Una risotada subrayó su broma de pésimo gusto. Ceñudo, el profesor Zakoff clavó su hosca mirada en Stern. Los profundos ojos, extrañamente verdes y fulgurantes, revelaron disgusto.

—Seis más… —meneó su cabeza, de cabellos crespos y canosos —. Viena cada noche se pone peor. La mayoría serán por alcoholismo, riñas, asesinato… Lo de siempre. Vamos, Stern. Hagámonos cargo de los cuerpos, y que se marche cuanto antes ese maldito charlatán…

Bajaron desde la planta alta al sombrío vestíbulo. En la fría madrugada, sus sombras eran proyectadas grotescamente por las luces de gas, contra los muros grisáceos. A través de la chirriante puerta abierta por el funcionario de turno, se filtraba el aire helado de la noche, y algunos copos de nieve. El tiempo estaba empeorando por momentos.

Stern recogió el volante con los nombres de los seis muertos a ingresar, lo selló, y lo pasó al director, para su firma. El profesor, deseoso de concluir el trámite, miró a su ayudante, indicándole que, entre él y el funcionario del coche fúnebre, introdujesen los cadáveres en el depósito.

Mientras tanto, él se acercó a una mesa destartalada, extendió el escrito bajo una luz, y se dispuso a firmar, tras una ojeada rutinaria a la lista.

—Dos mujeres y cuatro hombres —comentó—. Suicidio, pelea, muerte por inanición, delírium trémens, asesinato, accidente… Hay de todo, y nada bueno. A ver sus datos personales…

Por simple curiosidad, echó una ojeada a nombres, datos, referencias… Hasta que, de repente, un nombre, una profesión saltaron increíblemente ante sus ojos:

Cuerpo número 4: Hilde Gruber – Cantante de ópera.

—¡Hilde! ¡No, no! —rugió, repentinamente descompuesto, mortalmente pálido. Su mano estrujó el papel, ante el asombro de Stern y el funcionario, que habían alineado ya tres cuerpos en tierra, sobre las frías losas del vestíbulo, y estaban introduciendo en una camilla el bulto número cuatro.

Se precipitó sobre ellos, apartándoles a manotazos. Stern casi cayó, oscilando sobre su pierna izquierda, rígida e inmóvil, igual que los dedos de aquella misma mano, igual que el ojo fijo y vidrioso de ese lado paralítico.

—Pero, señor director, ¿qué sucede? —jadeó el ayudante, sorprendido, recuperando con dificultad su equilibrio.

—Hilde… Hilde, no es posible… —repetía entre dientes el profesor, temblorosos sus labios, desvariada la expresión de sus verdes pupilas—. No ha podido morir, no puede ser ella… Tiene…, tiene que haber un error, el que sea…

Bruscamente, arrancó la sábana rotulada con la etiqueta número 4.

El cadáver de Hilde Gruber, sangrante su cuello, sus senos, su cuerpo todo, apareció, rubio y espléndido, ante los ojos desorbitados de Zakoff.

—¡Noooo! —aulló, desgarrador, el hombre que regía la Morgue vienesa.

Y estallando en lentos sollozos, como un loco o un niño, el director se precipitó sobre el cadáver de la hermosa cantante, abrazándose a él, exasperado.

Un soplo de viento helado, allá afuera, en la gélida madrugada invernal vienesa, cerró la puerta de la Morgue, con un largo, lastimero gemido de goznes sin engrasar, que recordó el ruido que podía producir un féretro al cerrarse.

CAPÍTULO III

DENNIS

La noticia aparecía en las ediciones matinales de los diarios vieneses:

> Bellísima cantante, asesinada. ¿Quién silenció para siempre la voz de oro de Hilde Gruber?

Dennis Coward pegó un respingo en su mesa del comedor del hotel. Una tostada se le escapó de los dedos, y se hundió en la taza de té con leche, salpicando el periódico.

—¡Cielos, qué sorpresa! —jadeó, asombrado—. Esa mujer… ¡muerta, asesinada! ¿Cómo pudo suceder tal cosa, si anoche mismo…?

Lo leyó, lleno de curiosidad. Los datos eran más bien escasos, y harto confusos, además.

Según el informe policial, la cantante había sido atacada en la parte posterior del edificio del Teatro Nacional, en la puerta de salida del escenario, por alguna persona desconocida, que degolló con una certera cuchillada, a su víctima indefensa.

Era todo lo que se había podido averiguar. El asesino tiró su arma junto al cuerpo de la artista. Se trataba de un largo, afilado cuchillo, no muy difícil de conseguir en alguna armería, o bien en alguna vivienda, por lo que nada añadía a los datos conocidos. Las pistas existentes, a juzgar por la información periodística, parecían muy escasas.

Hilde Gruber, mujer popular por su arte y por su hermosura, parecía haber tenido una intensa vida amorosa. Pero eso no aclaraba nada. Se estaba localizando e interrogando a cada uno de

sus amantes, por si podían esclarecer algo.

Dennis Coward dejó su periódico a un lado. Contempló, absorto, la taza de té. La vació después con lentitud. Y se limpió con la servilleta, al tiempo que se ponía en pie.

Tenía muchas cosas que hacer aquel primer día de su estancia en Viena. Inicialmente, cumplir el encargo personal de lord Osborne, allá en Londres. El noble británico quería algunos muebles especiales de la artesanía vienesa, para ser exportados desde Austria a Inglaterra, sin reparar en gastos. El costoso capricho lo cumplió Dennis apenas salió del hotel, en Jaray, la más famosa tienda de muebles de toda Viena. (En las últimas décadas del siglo XIX, Jaray fue el mueblista de moda de Viena).

Después, rindió visita al doctor Fritz Schangel, en el Hospital General, de la populosa Alserstrasse. Había coincidido con él en París, durante unas conferencias sobre Neurología, en el Salpetriere, y deseaba saludar al viejo neurólogo austríaco, amigo de Sigmund Freud.

—Mi querido amigo, es un placer verle aquí en estos momentos —se congratuló Schangel, tras estrechar calurosamente la mano de su visitante—. ¿Por fin ese puesto con el que tanto soñaba? ¿Va a ejercer en la Clínica Neurológica de Viena?

—No, no he logrado llegar a tanto —negó el joven médico inglés, con una sonrisa—. Todo lo que pude conseguir, fue un cargo de interno en un establecimiento privado de esta ciudad, doctor Schangel.

—¿De veras? —Se interesó el notable neurólogo austríaco—. Hay pocos establecimientos dedicados a la Psiquiatría en Viena, que posean carácter privado, doctor Coward. ¿Cuál es el que le ha facilitado el empleo?

—El Sanatorio del Torreón Negro, en Dormbach (Aunque, lógicamente, el establecimiento clínico citado es imaginario, el autor menciona en su obra numerosos lugares y referencias auténticas. Dormbach es un suburbio de Viena, no demasiado populoso).

—¡Dormbach! —Los ojillos de Schangel se abrieron considerablemente—. El Torreón… De modo que ha sido el doctor Siodmak quien le contrató…

—Exacto. El doctor Karl Siodmak. —Dennis estudió con vivo

interés a su interlocutor—. ¿Ocurre algo con él, doctor Schangel?

—Oh, no, nada —el investigador meneó su cabeza, pensativo—. El doctor Siodmak es un excelente psiquiatra, tiene fama en Viena, está de moda… y es muy caro. Eso gusta a la sociedad, mi querido amigo. Además, el doctor Siodmak es arrogante, gusta a las mujeres… y las mujeres neurasténicas no dudan en pagar lo que él les pida. La clientela femenina es muy productiva. Ya lo descubrirá usted por sí mismo…

—Pero profesionalmente, ¿qué tal es el doctor Siodmak?

—Un buen médico, y un hombre bien considerado por todo el mundo. Paga bien a sus subordinados, y la psiquiatría no tiene secretos para él, pero…

—¿Pero…?

—Pero no me gusta, muchacho —suspiró al fin, sacudiendo su cabeza otra vez—. Personalmente, no me cae bien. Humanamente, me parece muy dudoso, y moralmente…

—¿Sí, doctor? —indagó Dennis, ante su silencio.

—Moralmente, deja mucho que desear. Y no hablo de su vida amorosa, no. Yo no soy ningún remilgado de criterio estrecho. Me refiero a su moral profesional, al médico en sí. No toda su labor está clara. Yo soy un convencido de que sus métodos no son nada claros. Su sanatorio de Dormbach, llamado El Torreón Negro porque se eleva en el lugar donde existen las ruinas de esa fortaleza medieval, acoge a muchas personas declaradas oficialmente locas por el doctor Siodmak. Posiblemente tenga razón, en todos los casos…, pero resulta raro que casi todos los casos de demencia peligrosa e incurable, con su consiguiente internamiento definitivo, corresponda a personas ricas, cuyo dinero está ahora en otras manos.

—¿Sospecha algún fraude criminal? —Pestañeó Dennis, asombrado.

—Sospecho muchas cosas, y ninguna concreta —suspiró el neurólogo—. No quiero acusar de nada a su nuevo jefe, amigo mío. Pero hay algo en él que no está claro. Aunque, por supuesto, ello no haya de influir en absoluto en su trabajo personal como subordinado suyo. Usted, doctor Coward, puede cumplir perfectamente su misión en esa clínica privada, sea cual sea la moralidad de su superior. En realidad, sé que con usted, todo va a ir

bien… y así se lo deseo de corazón.

Fue una visita agradable y confortante. A pesar de las poco favorables opiniones expuestas por el doctor Fritz Schangel, Dennis se sintió contento de su entrevista con el viejo maestro. Todo lo bueno que esperaba de Viena y de su futuro trabajo, dependía de que Schangel tuviera o no razón en sus impresiones sobre Siodmak, y el sanatorio del Torreón Negro.

Para confirmarlo, en bien o en mal, iba a dar el paso decisivo de su estancia en Viena, tras algunas otras compras y diligencias: ir al encuentro de su nuevo jefe, el doctor Siodmak.

* * *

No le gustó.

Su primera impresión fue deplorable. Y Dennis era de los que creían en las primeras impresiones.

Dormbach era un suburbio apacible de la bulliciosa, mundana y artística Viena de 1895. Parecía un distrito donde nada insólito podía suceder. Pero las viejas ruinas del Torreón, que el tiempo y el abandono habían ennegrecido, como dando la razón a su viejo y tétrico nombre medieval, ponían una nota triste y depresiva en el ambiente.

Algo más allá, sobre una elevación del terreno, se alzaba el edificio de tres plantas, una inferior o baja y dos superiores, del llamado Sanatorio de Enfermos Mentales. Había empezado siendo una entidad benéfica, sostenida por la caridad pública, en plena juventud del emperador Francisco José. Ahora pertenecía a una junta de médicos neurólogos y psiquiatras, cuyo director y principal ejecutivo era el doctor Karl Siodmak. El edificio seguía siendo el mismo que edificara el Gobierno austríaco a finales del siglo XVIII. Algún leve retoque a sus muros y poca cosa más. El resultado era un recinto inadecuado para las modernas necesidades terapéuticas de fines del siglo XIX, con la cara pulcramente lavada y aseada para disimular su tétrica vetustez.

No. A Dennis Coward, no le gustó aquello. Ni Dormbach, ni el Torreón, ni el sanatorio. Más allá, descubrió un parque público con jardines descuidados y llenos de maleza silvestre. Le llamaban el

Dormbachgarten, y una calle sombría, de edificios abandonados y almacenes destartalados, lo cerraba por el lado opuesto. Era la Bayerstrasse, terminada en un grisáceo edificio cuadrangular, poco grato también a la vista, cuya naturaleza no pudo definir el joven médico inglés.

Realmente deprimido por esa impresión inicial, Dennis tomó aliento y se decidió a dar el paso fundamental: la entrada al sanatorio del doctor Siodmak.

Y entró.

Entró, y conoció personalmente al psiquiatra que estaba de moda entre la mejor sociedad vienesa. El hombre que, sin conocerle, le había dado el actual empleo en Viena.

* * *

—Es un placer, doctor Coward. Espero que su viaje y llegada a Viena hayan sido enteramente satisfactorios.

—Por completo, doctor Siodmak —Dennis terminó de estrechar la fuerte mano del psiquiatra, y se acomodó frente a su rojo butacón de cuero—. Me alojo en el hotel Imperial, y todo ha ido sin novedad digna de mención. He venido a conocerle personalmente y ponerme a su entera disposición.

—Muy amable de su parte. Si desea quedarse yo puedo enviar por su equipaje, liquidar su cuenta del hotel, y acomodarle inmediatamente en el sanatorio. Si lo prefiere, puede incorporarse mañana mismo a su trabajo, a las nueve de la mañana. Me urge su colaboración. Contra lo que muchos puedan opinar en el resto de Europa, no todos los psiquiatras de Viena son buenos… Ni mucho menos. Tengo muchos pacientes en el tercer piso, y le necesito, doctor Coward.

—Prefiero venir mañana —sonrió el doctor Coward—. Esta noche asistiré a la función de *ballet* en el Teatro Nacional, para la que tengo una platea.

—Oh, el Teatro Nacional… —Los profundos ojos del psiquiatra alemán se fijaron en su interlocutor con cierta sorprendida curiosidad—. ¿Ha leído los diarios, querido doctor? Anoche fue ese local escenario de algo horrible…

—Un crimen, sí —asintió Dennis. La cantante del *Tristán*. Una hermosa chica. Estuve en la representación.

—Yo, no. Me encanta el teatro, pero no tengo tiempo de acudir —suspiró Siodmak—. Usted lo entenderá cuando trabaje aquí. Esto es agotador, créame.

—Mañana, a las ocho y media en punto, me tendrá aquí. Ardo en deseos de empezar.

—Perfecto —el psiquiatra se incorporó, yendo a un mueble, a por dos copas de exquisito cristal de Bohemia, y una panzuda botella de vidrio decorado con motivos barrocos en oro. Puso el ambarino licor aromático, mientras señalaba un calendario en el muro—. Mañana es, precisamente, día festivo en Viena, y en toda Austria Meridional. No le importe. Para nosotros, aquí, no existen apenas las fiestas.

—¿Festivo? —Parpadeó Dennis—. No tenía la menor idea…

—Oh, no es raro. Para un extranjero, el hecho de que mañana sea quince de noviembre no significa nada. Pero es San Leopoldo. Patrón de Austria Meridional… (Festividad austríaca). ¿Un *brandy*, doctor?

—Sí, gracias —tomó su copa. La alzó. Tomó un sorbo—. Exquisito, doctor Siodmak.

—Cosecha francesa del setenta —sonrió el director del sanatorio, paladeando su licor. Lo apuró, y vio a Dennis ponerse en pie y encaminarse a la puerta—. Bien, doctor. Hasta mañana. Y feliz velada.

—Gracias —llegó Dennis a la puerta. Casualmente, sus ojos vagaron por el panorama exterior a través de una ventana del despacho. Estudió el desolado, invernal Dormbachgarten, la Bayerstrasse… y el singular edificio rígido, gris, cuadrangular y feo. Se volvió a su superior jerárquico—. Una pregunta, doctor Siodmak.

—¿Sí?

—Ese horrible edificio vecino, más allá del parque… ¿qué es, exactamente?

El doctor Karl Siodmak enarcó las cejas. Miró a su visitante. Luego, con fría hostilidad y algo de repugnancia en el brillo de sus negros ojos taladrantes, dio la respuesta.

Se mesó, pensativo, su bien cuidada barbita, al responder, irónico:

—La Morgue, doctor Coward. El depósito de cadáveres…

* * *

Cayó el telón por última vez.

Grandes aplausos acogieron el fin del *ballet* eslavo. A pesar de ello, seguía existiendo en el Teatro de la Opera aquel clima de tensión y de sobrecogimiento que el fin trágico de la Gruber había despertado en los asiduos de la brillante platea.

Saludaron los danzarines, con su atavío de cosacos de opereta, y las muchachas de ropaje caucásico. Y comenzó a salir la gente del teatro, mezclando rumores sobre la muerte de la cantante y comentarios sobre la excelente representación presenciada.

Dennis Coward escuchaba a unos y otros, en tanto recogía su macferlán y sombrero del guardarropa. Salió al exterior. La nevada de la noche antes no llegó a cuajar. Ahora caía una fina, helada lluvia, que charolaba las calles empedradas y las capotas de los carruajes de caballos, en su rodar por el centro urbano vienés. Las luces de gas de las chocolaterías y salones de té, escoltaban, con su reverbero en el suelo espejeante, la marcha de los vehículos. Era víspera festiva en la bella capital austríaca, y en el Prater había farolillos verbeneros, y en Seitenstättengasse, la vieja Sinagoga celebraba oficios por la festividad, mientras la gente bailaba, bebía cerveza y comía *kipfel* con chocolate, mojando dicha pasta, en forma de cuarto menguante, llamada *croissant* en Francia, en el sabroso tazón. (El Prater es el más importante parque vienés. Y Seitenstättengasse es la calle principal del barrio más antiguo de la ciudad, justo donde se halla la antigua Sinagoga).

Coward rodeó el teatro, alcanzando el callejón posterior. Se detuvo en el lugar donde cayera la noche antes Hilde Gruber. Pensativo, contempló las oscuras huellas de la sangre seca, en los intersticios del empedrado. Había residuos de serrín también al pie de los afiches teatrales.

Se preguntó cómo habrían sucedido los hechos. Estudió la acera, la calzada mojada, tratando de imaginarse lo ocurrido. La imagen de una hermosa mujer, joven y rubia, llena de terror, llegó a su mente. La de un oscuro, inidentificable asesino, cuchillo en mano,

también.

Era fácil reconstruir el resto. La tremenda, rápida, feroz escena, a la débil luz del gas.

El centelleo del filo de acero, el destello de unos desorbitados ojos celestes, acaso el inicio de un grito ahogado en sangre… Y el fin. La muerte. La evasión del asesino…

Respiró hondo el joven inglés, fija su vista en el suelo. Tenía la piel húmeda. No sólo de lluvia. También de sudor. Helado sudor sutil, pegajoso. Era como haber vivido, durante un instante dramático y tenso, algo que él jamás presenció…

—Eh, ¿qué diablos es eso? —musitó, inclinándose hacia el suelo.

La luz de los globos de gas, colgados de la fachada posterior del teatro, sobre los carteles anunciadores, se había reflejado por un momento en algo medio hundido en el barrillo de las grietas del empedrado.

Era un fulgor verdoso, lívido y tenue. Se agachó, hurgando con los dedos en el fango. Extrajo algo, pequeño y circular. Lo limpió de fango.

Un botón.

Un bello botón de raso verde oscuro, con una piedra de verde más claro en su centro. Tenía roto el arco de metal por el que debió estar cosido al vestido de origen.

—¿Tal vez… un botón del traje de ella, la Gruber? —murmuró para sí Dennis.

No había posible respuesta a esa pregunta. Guardó el botón en un bolsillo. Y sin saber a ciencia cierta por qué había deambulado esa noche por el escenario del horrible asesinato, regresó calmoso a la Kaiserstrassen. Allí llamó a un carruaje de alquiler y le dio el nombre del hotel.

CAPÍTULO IV

SANATORIO

Ilona paseó lentamente.

Eran pasos desvaídos, indecisos. Pasos que no iban a ninguna parte. Que no podían conducir a parte alguna, porque estaban limitados por cuatro muros, por una puerta cerrada. Por el silencio, por la soledad, por el abandono. Eran los pasos de quien ni siquiera sabe si vive o ha muerto. De quien no se siente nada ni nadie.

A ese punto había llegado Ilona Vaszary.

Los sedantes, los fármacos, el aislamiento, el ambiente mismo del sanatorio, eran la causa de que su estado general fuese tan lamentable, tan torpe y lleno de apatía.

A veces, ni siquiera podía recordar dónde estaba, qué había sucedido, por qué estaba allí…

Nadie iba a verla. Sus familiares no parecían acordarse de ella. Ni su tío Zoltan, ni su lejana prima Tania. Si Sandor hubiera vivido, todo sería diferente. Él sí se hubiera acordado de ella. Y la hubiera visitado. Muchas veces, seguro. Sandor y ella se habían querido siempre. Y tuvo que ser él quien muriera en el palacete…

Cerró los ojos, apoyándose en el muro. Respiró hondo. El recuerdo del incendio en la casa señorial de los Vaszary, cerca de Pressburg (Pequeña estación ferroviaria de una localidad de la frontera austrohúngara), era siempre un *shock* demasiado fuerte para ella. Allí había empezado todo.

¿Todo? Pero ¿qué era todo? ¿Demencia, desequilibrio, alucinaciones?

Ni siquiera podía estar segura de eso. No estaba segura de nada. Ni del doctor Siodmak. Ni de la enfermera Groth. Ni de ella misma. Ni del viejo doctor Brauner, que se ocupaba de la última planta…

Por cierto que había creído oír que el doctor Brauner, siempre ausente y desorientado, a causa de su avanzada edad, iba a dejar el sanatorio un día de aquellos, para ser sustituido por alguien. Pero no estaba tampoco segura de eso. No le importaba. No esperaba nada de nadie. Menos aún de médico alguno, en aquel horrible recinto en que se encontraba confinada. Quienquiera que viniese en el puesto del viejo Brauner, sería tan indiferente, tan ajeno a sus sentimientos como su antecesor.

Allí nadie se preocupaba de nadie. Y menos de ella, solitaria, aislada, olvidada de todos en aquel maldito último piso del establecimiento clínico. Con la amenaza latente de ser confinada en las celdas de dementes furiosos, en el sótano, si insistía en gritar su protesta, en afirmar que estaba mentalmente sana y que, en realidad, *vio* en dos ocasiones, estando despierta, a la horrible dama de los ojos ensangrentados.

Paseó por el rectángulo de su celda, agitada por todos esos pensamientos. No tenía espejo. No podía verse. Pero imaginaba fácilmente su aspecto, lamentable y triste. Su cabello despeinado, lacio. Su ropa amplia, gris, desangelada, flotando sobre su cuerpo esbelto: el uniforme sombrío del sanatorio para enfermos mentales.

Tampoco le era difícil imaginar su rostro, pálido y demacrado de profundas ojeras y ojos melancólicos. Debía parecer un espectro. Apenas la sombra de aquella Ilona que un día fuera visitada por el doctor Karl Siodmak, tras su *shock* psíquico. Una visita que ella no pidió. Una decisión personal de su tío. Tío Zoltan siempre tomaba decisiones personales. Era autoritario, obstinado. Y a fin de cuentas, ella estaba sometida a su tutela. Lo estaría hasta su mayoría de edad, dentro de algo menos de dos meses.

Había perdido la noción del tiempo, pero debía de hacer una semana que estaba confinada en el sanatorio, declarada clínicamente anormal. Quizá loca. Acaso hacía seis días, acaso ocho. No podía tener seguridad de ello. Allí se olvidaba todo. Se borraba todo.

Y así… ¿hasta *cuándo*?

La desesperación hizo súbita presa en ella, apenas le asaltó esa idea angustiosa y oscura.

¿Cuándo, cuándo, cuándo…?

Era espantoso ignorar una respuesta, desconocer una fecha,

aunque fuese aproximada.

—¡No, no! —gritó de repente, crispando sus manos—. ¡No quiero, no quiero estar aquí! ¡No estoy loca! ¡Yo *vi* a esa horrible mujer! ¡Yo no imagino cosas! ¡No he perdido la razón! ¡Favor, justicia, por el amor de Dios!

Y se precipitó sobre la puerta gris, herméticamente cerrada, comenzando a golpearla furiosamente, sin dejar de protestar a gritos, sin que su voz parase de exhalar desgarradoras quejas que nadie podía oír allí, pero que ella no podía tampoco conservar dentro de sí, porque su desesperación era muy grande, muy profunda. Y tenía que estallar de algún modo.

El estallido histérico concluyó en un roto, amargo llanto, encogida sobre sí misma, contra la metálica puerta. Allí permaneció unos instantes, hasta que hubo un ruido esperanzador al otro lado de la hoja hermética.

Estaban haciendo girar una llave en la cerradura. Y chascó, seco, el pestillo, al ser descorrido.

Alzó ella los ojos, convulsa, corriendo el llanto sobre sus mejillas ardientes. Estrujó sus manos, nerviosamente, y contempló a los que llegaban, parados en el umbral, ante ella.

Reconoció a la enfermera Groth, al doctor Siodmak… y no identificó al tercer personaje, porque era completamente desconocido para ella un hombre alto, joven, vestido irreprochablemente de oscuro, con cabellos castaños, y aspecto de extranjero. Evidentemente, no era austríaco.

—Señorita Vaszary, su comportamiento es lamentable —la acusó duramente la enfermera—. Ha conmovido a toda la planta con sus gritos. Debiera comprender que no es éste el camino de curar su dolencia.

—¡No tengo dolencia alguna! —protestó ella, vivamente—. ¡No estoy loca, ni mi cerebro está enfermo! ¡No sufro alucinaciones! ¡Yo vi a esa mujer, ella estaba *allí*, no es mi mente! ¡Lo juro, lo juro! ¡Tiene que creerme, doctor Siodmak! ¡Quiero ver a mi tío Zoltan! ¡El me sacará de aquí! ¡Vayan a buscarlo, se lo ruego!

Fríamente, replicó el doctor:

—Señorita Vaszary, su tío conoce mejor que nadie la situación, y está poniendo todos los medios, sin reparar en gastos, para que usted sane por completo. Es ridículo que usted dramatice las cosas,

empeorando su estado.

—¡Me encuentro mentalmente sana! —jadeó Ilona—. ¡Lo sé, estoy segura de ello! ¡Son esos calmantes, este encierro, este trato suyo, el que me empeora por momentos!

—¿Ahora nos acusa a nosotros de algo? —Siodmak sacudió la cabeza—. Señorita, esto no es lo que más le conviene. Las manías persecutorias llegan a hacer peligroso al paciente, que cree ver enemigos mortales en todo el mundo. Enfermera Groth, ponga un sedante a la señorita Vaszary.

—¡No, sedantes, no! —chilló, incorporándose asustada, sus ojos se clavaron en el desconocido. E, impulsivamente, antes de que nadie pudiera preverlo, se arrojó espontánea hacia él aferrándole por los brazos, apretándose contra él, mirando fijo a sus ojos—. ¡Usted, por el amor de Dios! ¡Usted puede entenderme, usted parece un hombre comprensivo! ¡Tiene que notar que todo esto es una mentira, una gran mentira, que yo no estoy realmente enferma, aunque todos lo pretendan!

—Señorita Vaszary, sigue perdiendo su tiempo —silabeó con frío disgusto Siodmak—. Él es el nuevo médico interno de esta planta, el doctor Dennis Coward, llegado de Inglaterra. No le moleste con protestas inútiles. Y vuelva inmediatamente a su celda, para que la enfermera Groth pueda inyectarle el…

—Déjela, doctor, se lo ruego —pidió suavemente Dennis, al tiempo que su mirada firme detenía la acción de la robusta enfermera, con su jeringuilla hipodérmica. Luego, miró dulcemente a la joven, y tomó sus manos con suavidad—. Señorita Vaszary, desde hoy me ocuparé de usted. Puede confiar en mí, como médico y como amigo, se lo aseguro. ¿Qué es lo que desea exactamente de mí?

—Que me crea, doctor, ¡que me crea y no me considere una loca incurable!

—Nadie es realmente incurable. Y usted es joven, llena de vida. Saldrá pronto de aquí, ya lo verá.

—¡Es que podría salir ahora mismo, doctor! ¿Es que no lo entiende? No padezco absolutamente de nada. He visto a una horrible mujer en sueños, es cierto. Un súcubo de ojos vacíos y sangrientos… Y volví a verla estando despierta, en mi propia habitación. ¡No lo niego, porque ella *existía*! ¡Estaba conmigo,

doctor!

—¿El súcubo estaba con usted? —la pregunta de Dennis era seria, grave.

—¡Sí, sí! Y quería vaciarme los ojos, llevarme a su mundo de tinieblas… No tiene explicación lógica, lo sé. Pero *sucedió*. No…, no lo cree, ¿verdad? —Se echó atrás, desilusionada, abriendo mucho sus bellos ojos.

—Ya basta —cortó, seco, Siodmak. Hizo un gesto a la enfermera, y ésta se hizo cargo de Ilona. El director del sanatorio, apartó a Coward de allí, pese a los gritos y a las desesperadas protestas de ella. La enfermera Groth inyectó a Ilona y cerró tras de sí. Los alaridos se ahogaron tras la puerta, al cerrarse.

—¿Cree que el método es adecuado? —preguntó con frialdad Dennis.

—Doctor Coward, *mis* métodos son siempre los adecuados —le replicó Siodmak, incisivo—. Conozco el caso de Ilona Vaszary, muy bien. Su propio tío, pese a cuanto la ama, es el primer interesado en que ella permanezca aquí sometida a mi tratamiento. Usted no conoce su caso. Y si quiere ser un buen psiquiatra, hará mal en fiarse de lo que juren sus pacientes. Según ellos, todos son personas equilibradas y sanas. Pero ahí tiene a la propia joven con quien quiso mostrarse usted tierno: Ilona Vaszary es una muchacha que se desequilibró al ver morir a un primo suyo en un incendio. E incluso hay fundadas sospechas de que la pirómana fuese ella misma, inconsciente del daño que iba a causar. De ahí su *shock* inicial, su complejo de culpabilidad y su actual estado, confuso y excitable. Son rasgos típicos de las paranoicas, doctor Coward.

Dennis asintió, mientras se encaminaban a otra celda inmediata. Su comentario era aún dubitativo:

—Me hubiese parecido una mujer equilibrada de no insistir en esa absurda historia del súcubo en su habitación… De todos modos, tendré tiempo de cambiar impresiones con ella. Aun respetando en todo sus métodos, doctor Siodmak, yo también tengo mis propias ideas clínicas sobre la paranoia.

—Por supuesto, usted es el médico encargado de esta planta, a partir de hoy —aceptó con sequedad Siodmak—. Y, como tal, es dueño de seguir sus propios procedimientos, siempre que ellos estén de acuerdo con el plan general terapéutico de este establecimiento.

Continuaron la inspección, sin añadir más.

Pero algo más tarde, cuando Dennis Coward estaba anotando informes sobre sus nuevos pacientes, encerrado en el despacho que para su uso le asignara Siodmak, éste habló a la enfermera Groth en voz baja y autoritaria, lejos del alcance de Coward:

—Avise a Max Lukas. La paciente Ilona Vaszary debe ser trasladada inmediatamente al sótano.

—¿Celda de loca furiosa? —Se sorprendió su enfermera.

—Sí, señorita Groth —los ojos negros del médico la taladraron agudamente—. El doctor Coward no será informado de tal cambio hasta que esté efectuado, y la paciente sólo esté bajo la jurisdicción del enfermero general Lukas, en su sección.

—Sí, doctor Siodmak. Así se hará. ¿Qué hacemos constar en su ficha clínica?

—Que intentó matarse. Instintos homicidas peligrosos. Hágale unos leves cortes en las muñecas mientras duerme bajo los efectos del sedante. Luego, pase la ficha al doctor Coward. No antes de mañana, ¿entiende? Mientras tanto, yo me lo llevaré lejos de aquí, con cualquier excusa. La orden de traslado puede firmarla el doctor Brenner, como médico de guardia.

—Cumpliré sus órdenes, doctor —afirmó la Groth—. ¿La alojamos en celda solitaria?

—No —negó con maligna sonrisa Siodmak—. Con una excelente compañera. La también joven y bella Romy Schultz…

—¡Romy Schultz! —jadeó ahogadamente la enfermera—. ¡La más peligrosa y agresiva demente del sanatorio! Puede matarla, doctor…

—Si así ocurre, nos resolvería muchos problemas, señorita Groth —rió entre dientes el psiquiatra Karl Siodmak.

* * *

Las luces amarillentas bailoteaban, como fantasmas fosforescentes, lívidos, en el fondo verde oscuro de sus pupilas fijas, brillantes, casi fanáticas.

Con el rostro hermético, endurecido, el hombre alto, impresionante, pálido y enlutado, se apartó del altar donde lucían

los lúgubres velones, goteando sebo amarillo, llenando el aire de un fuerte olor a grasa y a funeral, a cera y a muerte.

Era aquél un extraño, siniestro altar. Como el que podrían preparar unos fieles siervos de Satanás para una misa negra. Oscuros paños, colgaduras violáceas, ausencia de cruces o símbolos cristianos. Sólo los candelabros de plata labrada, sosteniendo hasta ocho velones goteantes, amarillentos, de llama alargada. Con perfil de ciprés luminoso.

Y en medio, un retrato.

Un gran retrato enmarcado en rojo. El retrato de una mujer que fue seductora y popular. Un cabello sedoso y dorado; unos ojos celestes, una boca sensual, de la que habían brotado en vida hermosos arpegios y notas brillantes.

El retrato de la difunta Hilde Gruber.

Las manos largas y pálidas del hombre, amarillentas como la propia cera, cerraron el cuadro enmarcado. Una tapa púrpura cubrió el rostro adorable y adorado.

—Mi amor, hablaré nuevamente contigo cuando vuelva a estar a solas y me sea posible regresar a tu lado —murmuró, fervoroso, como en una oración, el profesor Fedor Zakoff, director de la Morgue de Viena. Dirigió una mirada al túmulo que, en medio del angosto recinto de bajo techo, y cargada atmósfera, humeante, mostraba su paño violáceo encima, como si envolviese un féretro o arcón invisible. Los muros húmedos eran fríos e inhóspitos, sombrías paredes que delimitaban aquel ámbito de pesadilla.

Tras un silencio solemne, abstraído, Zakoff recuperó su normalidad, respiró con fuerza y se produjo en su rostro hermético algo así como una transformación paulatina. Era como si se humanizase, regresando de un mundo abstracto y fúnebre en el que se quedara algo de sí mismo. Se quedó atrás el amante fanatizado. Y regresó el frío, eficiente, severo director del depósito de cadáveres de Viena.

Arriba, una puertecilla cedió a su empujón, trasladándole al interior de una desnuda estancia de altos muros desconchados. Una llave giró en la cerradura y pasó luego a su bolsillo. Se abotonó la levita con calma, sobriamente. Su mirada indiferente se fijó en las dos mesas de mármol, bajo la luz de gas dotada de pantalla espejeante, que arrojaba sobre las losas y su contenido una claridad

cruda, azulada y vertical.

Esa luz hacía parecer más desagradables las desnudeces lívidas de los dos cadáveres presentes, con su cráneo abierto, su vientre hendido, y las putrefactas entrañas amontonadas a la vista, despidiendo un hedor nauseabundo.

Zakoff estaba habituado a ver cosas así. Sin la menor emoción ante aquellos rostro rígidos, de azuladas ojeras y órbitas dilatadas, cruzó la sala de autopsias de la Morgue, y pasó con andares silenciosos a la vasta, rectangular nave, de vidrieras polvorientas y enrejadas, donde se alineaban los cadáveres numerados del depósito.

Contempló una mesa de mármol vacía.

A pesar de estar desocupada, dos cadáveres se alineaban en el suelo. Y las demás mesas estaban llenas. Pero aquélla estaba vacía desde hacía ya una semana.

Una semana completa, desde la víspera de San Leopoldo. Desde que la ocupó el más hermoso y amado cuerpo del mundo…

Evocó a su Hilde. Desnuda, pero inaccesible ya, sobre aquella losa. Hilde Gruber, la voz de oro de la Opera de Viena… Su adorada Hilde, bañada en sangre. Muerta. Asesinada.

Ahora, en el cementerio vienés, una lápida rezaba en una tumba:

Aquí reposa
HILDE GRUBER
Asesinada en plena juventud triunfal,
el 13 de noviembre de 1895.
Descanse en paz.

Allí había terminado todo. Para ella, para él…

Pero también *algo* había empezado. Un amor de diferente dimensión. Un amor, un sentimiento, que iba más allá de la tumba. Más allá de la muerte. Algo que sólo podía ser suyo. Sin celos. Sin compartirlo con nadie.

Ahora que estaba muerta, sepultada, llorada, Hilde era más suya que nunca.

Su espíritu, su verdadera dimensión emotiva, estaba allí. Con él. Muy cerca. Y abajo, en el subsuelo de la Morgue, ella era su compañera, su interlocutora. Para todos los días.

Para siempre.

Dejó atrás el repleto depósito. Stern, con la mitad de su cuerpo eternamente inmovilizada, escribía trabajosamente en un volumen de registro, a la claridad de un cochambroso quinqué. Un reloj, en el vestíbulo frío e inhóspito, desgranó unas roncas campanadas.

—¿Alguna novedad, Stern? —preguntó, calmoso.

—Ninguna, profesor —negó el funcionario—. Los forenses han sido llamados para una urgencia legal. Volverán en seguida, para terminar las autopsias.

El profesor Zakoff aceptó la explicación con un asentimiento. Luego se dispuso a caminar hacia su despacho. En aquel momento, sucedieron dos cosas.

La primera, fue el repentino incremento de la llovizna en el exterior. Había estado cayendo un menudo aguacero durante todo el día y parte de la noche. Ahora, arreció el golpeteo de la lluvia en las polvorientas vidrieras de la Morgue.

Al mismo tiempo, alguien llamó a la puerta del edificio estruendosamente. Zakoff y Stern se miraron, inquietos. El llamador repitió su mazazo, insistente.

—Ya voy yo —detuvo Zakoff a su subordinado. Se acercó, solemne, a la puerta. Elevó la voz—. ¿Quién llama?

—La ley, señores —dijo alguien, sobre el fondo de la lluvia, en el interior—. Abran al comisario Frauken, de la policía de Viena, profesor Zakoff.

El director de la Morgue no vaciló. Se adelantó. Y abrió la puerta.

CAPÍTULO V

PESADILLA

Moritz Frauken, comisario de policía de Viena, era un hombrecillo más bien de corta estatura, carilleno y rubicundo, de ojos estrechos y fríos, astuto como la mezcla de un felino y un reptil.

Venía con un carruaje oficial, en el que le acompañaban dos hombres uniformados, que se quedaron en el exterior mientras él cruzaba el umbral de acceso a la Morgue, estrechando con rutinaria cortesía la mano de su director.

—¿A qué debo el honor de su visita, comisario? —se interesó Zakoff.

—A un caso desagradable y misterioso, profesor, del que la Prefectura de Viena me ha hecho responsable —explicó, atento, el policía—. La muerte de Hilde Gruber.

—Ya —el profesor estudió a su interlocutor—. ¿Qué tengo yo que ver en el caso, comisario?

—Usted debe saberlo. Conocía a Hilde Gruber, ¿verdad?

—Verdad —convino Zakoff, muy sombrío.

—Dicen que ella y usted… tuvieron relaciones sentimentales.

—Las tuvimos, sí.

—¿Ya no las tenían cuando ella murió?

—Sólo en cierto modo.

—¿A qué llama usted en cierto modo, profesor?

—Bueno, digamos que las relaciones se habían enfriado en parte —suspiró Zakoff.

—¿Por parte suya o de ella?

—Por parte de ambos. Pero, naturalmente, ella fue quien lo inició. Su trabajo, sus obligaciones, eran incompatibles con las mías.

Nos veíamos con menos asiduidad. Y eso, lógicamente, debía minar nuestra relación. Ella era hermosa, popular, admirada… Muchos hombres la rodeaban.

—Exacto —los ojillos de Frauken se entrecerraron más aún, fijos en su interlocutor—. Muchos hombres, profesor. Hombres que la admiraban, que la acosaban, que la amaban… Y a veces, del amor al odio existe solamente una frontera tan sutil, que es fácil cruzarla, apenas sin advertirlo. Uno de esos hombres pudo ser un asesino, ¿no cree usted?

—Me resisto a creer que un hombre que conociese a Hilde, que sintiera algo por ella, pudiese llegar a un hecho tan…, tan increíble, tan monstruoso…

—Así suceden esas cosas muchas veces. He venido para preguntarle si conoce usted a alguno de los hombres que cortejaban a Hilde Gruber o que tuvieran amistad con ella.

—¿Yo? —La verde mirada fulgurante de Zakoff reveló sorpresa —. Comisario Frauken, si hubiese conocido a alguno de ellos, los celos me hubieran amargado la existencia. Y hubiera odiado a esa persona con toda mi alma.

—¿Es usted celoso, *mein proffesor*? —Sonrió, curioso, Moritz Frauken.

—Soy celoso cuando amo a alguien… Como casi todo el mundo. Yo…, yo amé locamente a Hilde, comisario. No podía pensar en que ella pudiera sentirse atraída por otro hombre. Como ahora no puedo admitir que nadie deseara mal alguno a aquella maravillosa criatura.

—Pero el mal ocurrió —dijo fríamente el funcionario de la policía vienesa.

—Sí —Zakoff bajó la cabeza, sombrío—. El mal tuvo lugar. Y ella… está muerta ahora.

—Brutalmente muerta —los ojos de Frauken se detuvieron en la vidriera esmerilada de la puerta al depósito—. Usted debe saber eso mejor que nadie, profesor.

—Sí, lo sé muy bien. Vi su cadáver —se estremeció el ruso. Luego, añadió, humedeciendo los labios—: Tuvo que ser la obra de un loco.

—¿Un loco? —El comisario se encogió de hombros—. No sé… A veces no se sabe dónde termina la razón de un asesino y dónde

empieza la demencia. Lo cierto es que Hilde Gruber ya no existe. Y su agresor anda suelto.

—A veces, comisario, morir no es dejar de existir, sino estar más cerca que nunca… —musitó roncamente Zakoff.

—¿Cómo? —Pestañeó Frauken, mirándole sorprendido.

—Quiero decir que ella está ahora cerca de… —pareció darse cuenta de lo que hablaba, y se paró en seco, con una firme presión de sus labios—. Cerca de mí, en lo puramente espiritual, comisario.

—Ya —el policía enarcó las cejas—. Cree que el espíritu queda entre nosotros, y se acerca a quien más pudo apreciar en vida, ¿no es ésa su teoría, profesor?

—Aproximadamente, sí —aceptó Zakoff, paseando por la estancia, pensativo, sin aclarar más sus enigmáticas palabras de antes.

Moritz Frauken, pensativo, caminó hasta la puerta del depósito, los brazos a la espalda. Se detuvo ante la vidriera. La empujó, echando una ojeada al interior, con sus hileras de mesas y de cuerpos numerados. La luz de gas, en el techo, alto y abovedado, era lívida y tristona, dando sombras azuladas a las formas rígidas. Cerró de nuevo el comisario, comentando malicioso:

—Creí que los hombres que manejan lo material, lo físico, con la indiferencia con que ustedes, profesor, no sentían la menor fe en otras formas de vida, como la del espíritu…

—Por el contrario, señor. Si nosotros, que sabemos mejor que nadie, lo poco que es y representa la envoltura corporal, no aceptáramos algo más, formando parte de la existencia humana, ¿qué nos quedaría, digno de vivir por ello? Además, comisario, yo he sido hace años, en San Petersburgo, profesor de Ciencias Extrasensoriales.

—¿Ciencias Extrasensoriales? ¿Qué es eso, profesor Zakoff?

—El estudio y dominio de lo que está más allá de este mundo y de la vida normal de los humanos.

—¿Espiritismo o magia negra, profesor? —Sonrió, irónico, Frauken.

—Ni una cosa ni otra. Algo científico y sorprendente que está naciendo. Algo que puede permitir a los que murieron, continuar aquí, entre nosotros, fuera de su cuerpo, corrompido y fétido.

—Nos hemos desviado del tema —suspiró al fin el comisario. Le

estudió, calculador—. ¿No puede ayudarme en nada que conduzca a la identificación del asesino de Hilde Gruber?

—En nada. Y créame que lo haría gustoso, si estuviera en mi mano. Es lo que más placer podría producirme.

—Le creo. Arrestamos inicialmente a Ludwig Klein, el secretario de la señorita Gruber. Pero resultó ser inocente. Tenía coartada para esa noche. Estaba ausente de Viena, con una mujer.

—Ludwig Klein… —repitió Zakoff—. Él también estaba loco por Hilde.

—Lo sabemos. Y ella no le hacía caso. Pero su coartada es sólida. Estaba esa noche en una localidad montañera de Semmnering. Exactamente en Payerbach (Semmnering: región montañosa, al sur de Viena. Payerbach: aldea de montaña en esa región). No se le puede inculpar.

—Lástima —silabeó el director de la Morgue, con una mueca sardónica—. Lástima… Hubiera sido un buen culpable, comisario. Un buen candidato al patíbulo… Nunca me fue simpático…

Moritz Frauken le miró rápido, creyendo que bromeaba. Pero no era así. El gesto de Zakoff no podía ser más serio y concentrado.

Entonces, el comisario creyó tener conciencia de lo que aquel hombre hubiese sido capaz por el amor de una mujer. Si sólo por celos y antipatía, hubiera visto gustoso la ejecución de un inocente, por amor o por odio, sería capaz de matar. Era, después de todo, un hombre familiarizado con la muerte…

* * *

Romy Schultz era joven y rubia. Igual que Ilona.

Físicamente, no se parecían mucho. Pero su cabello y su juventud eran similares. Romy, sin embargo, tenía algo diferente, muy diferente, respecto a su nueva compañera de celda: estaba realmente loca; Y era una loca peligrosa. Muy peligrosa.

Aquel día, acababa de recibir la terrible paliza del enfermero jefe, Max Lukas, por la agresión con arañazos de que hiciera víctima la noche antes al cruel e implacable encargado de las celdas del sótano. Tras el correctivo brutal, que dejaba hondas llagas en su espalda y muslos, Romy Schultz pasó a las duchas, donde el agua

helada la hizo chillar hasta enronquecer.

Cuando fue arrojada dentro de la celda, y llegó hasta los pies de la horrorizada Ilona, dando volteretas por el frío suelo, era un semidesnudo pelele, rubio y sangrante, ejemplo vivo de la sádica ferocidad de Max Lukas.

Se cerró la puerta blindada con un seco golpetazo, escuchándose luego la carcajada ronca y maligna del verdugo, cuyos ojos contemplaban a las dos infelices mujeres a través del mirador enrejado de la entrada.

—Eso te enseñará a medir tus locuras —masculló, despectivo—. Y tú, novata, ve aprendiendo la lección. Si te pones brava, terminarás como esa arpía, o peor.

—¡Bastardo, hijo de perra! —rugió ella, revolcándose en el duro suelo frío, con ojos dilatados, centelleantes de ira, con rostro crispado y labios espumeantes—. ¡Algún día te mataré, no tardando mucho!

Una risotada, alejándose de la hermética celda lóbrega al tiempo que unas recias pisadas, fue todo lo que llegó como respuesta a la amenaza de la joven demente.

Ilona ya había advertido la peligrosa locura de su compañera de encierro en aquel oscuro, húmedo y hermético recinto. Pero en vez de temor, sintió por ella, desde el principio, una profunda piedad. E incluso trataba de ayudarla.

—Mi pobre amiga… —susurró, arrodillándose a su lado y acariciando suavemente su piel sangrante, rasgada—. ¿Cómo pueden ser tan viles? Es monstruoso golpear así. No se cura a una persona excitada, a base de latigazos. Eso no es combatir la locura, es provocarla…

—No, no me defiendas, muchacha —musitó Romy, jadeante—. No lo merezco. Yo estoy mal, ¿entiendes? Enferma. Mi cabeza anda mal… Ellos dicen que estoy loca…, y creo que tienen razón…

—Romy, ni tú ni yo estamos locas, ¿no lo entiendes? Nos han enterrado en vida intencionadamente, y pretenden volvernos realmente locas para…

—¡No, no! —exclamó Romy, dilatando sus ojos grandes, bonitos y claros, para mirar con avidez casi a su compañera. La aferró por un brazo, hincando en él sus uñas—. Tú no, amiga mía. Tú no estás loca. Tú no eres como yo, como tantos de nosotros… Estás sana, lo

veo. Pero yo…, ¡yo estoy desquiciada, como ellos quisieron verme siempre! ¡Me volvieron loca por medio del terror, la angustia, el dolor, la desesperación…! ¿Es que no lo entiendes? Mi familia era rica… Yo heredé… y ellos se deshicieron así de mí, para quedarse con todo. Pagaron a Siodmak… ¡y entré aquí para no salir nunca más!

—Herencia… Familia rica… Pagaron al doctor… —La mirada de Ilona reveló estupor repentino, un súbito dolor interno, profundo, y amargo. La tremenda sospecha afloró a su mente—. Cielos, no. No es posible. Tío Zoltan nunca haría eso…

—Pero están muy equivocados, si creen que van a salirse con la suya —prosiguió Romy Schultz su personal divagación—. ¡Muy equivocados! Nos escaparemos. Juntas las dos. Tú y yo, amiga Ilona, ¡vamos a escaparnos *ahora*!

—No puedo creer que la familia…, aquellos a los que uno ama…, busquen la perdición de un ser querido, sólo por dinero… ¡No, no, tío Zoltan y prima Tania, nunca harían eso *conmigo*, aunque con ello *mi* dinero… fuese de ellos!

—*Tu* dinero, ¿eh? —Rió, sarcástica, Romy—. Querida, ya ves… La historia se repite. No puedes admitirlo, pero es la verdad… y empiezas a comprenderlo así.

—Dios mío, no… —Ilona cubrió su rostro con ambas manos—. No puede ser tan horrible…

—Ahora deja todo eso, y escucha —silabeó roncamente Romy, atrayéndola persuasiva hacia sí—. Te hablé de fugarnos. Fugarnos, ¿entiendes? Salir de este maldito sanatorio que no es sino una tumba para muertos en vida. Esto es una pesadilla atroz. Aquí, todos los médicos, todos los enfermeros, son igual que Siodmak: ¡buitres sobre nuestra carroña, Ilona!

—Yo…, yo vi a un médico diferente en el piso alto… —musitó Ilona—. Era un joven inglés, el doctor Coward… Me pareció que podía confiar en él…

—Bah, tonterías. No te fíes de nadie. No creas en nadie. Todos son iguales. Esto es una asquerosa ratonera… ¡pero yo puedo abrirla y escapar! Escaparemos juntas… ¡en seguida!

Por primera vez, la joven pareció darse cuenta de lo que decía su compañera de infortunio, y la miró asombrada, como si pensase en otro delirio, propio de su desequilibrio mental.

—Cielos, Romy, no soñemos con imposibles —habló Ilona, sacudiendo la cabeza con gesto de desaliento—. Vale más hacerse a la idea de que no hay salida posible, de que éste es un cepo enloquecedor…

—Pero es que *sí* hay salida… ¡y la tengo *yo*!

Compasivamente, Ilona Vaszary mantuvo su triste mirada fija en la demente. Ésta, aunque hablaba con cierto nerviosismo, pasaba un trance de calma, de sosiego, quizá a causa del salvaje correctivo recibido. Lo decía con tal seguridad que parecía cierta su increíble afirmación.

—Está bien. Si es así, intentaremos algo, Romy. Cuando sea el momento oportuno —dijo Ilona por fin, contemporizando—. Pero ahora debes descansar y…

—No me entiendes, Ilona —suspiró Romy, con tensión en la voz —. No estoy divagando. No hablo insensateces. ¡Es que podemos *huir* ya!

La miró Ilona Vaszary, con perplejidad. Y vio algo increíble.

De entre sus ropas ensangrentadas, Romy Schultz extrajo un objeto insólito, que sólo ella sabía cómo pudo guardar, ¡una llave larga, dentada, que ella conocía muy bien!

La llave de las celdas del sótano.

—Pero…, pero no es posible… —susurró—. Lukas lo hubiera advertido…

—Lukas, ese asqueroso bastardo, tiene un juego doble de llaves. Mientras me golpeaba, caí a propósito sobre la pared donde cuelga su chaqueta de uniforme. He sido ladrona allá en el exterior. No fue difícil obtenerla, mientras fingía retorcerme de dolor… Y aquí está, Ilona. Ya te dije que podíamos evadirnos. Y no me creíste. Como estoy loca…

—Perdona —la abrazó afectuosamente. Luego, estudió pensativa aquella llave providencial—. Pero… ¿y *después*, Romy? Una vez fuera de la celda, ¿qué haremos? Serán precisas otras llaves para abrir más puertas cerradas…

—Las conseguiremos, estate segura —afirmó su compañera con energía. Miró, astuta su expresión, a la hermética puerta de la estancia—. Ahora, esperemos una hora. Para entonces, Lukas estará ausente del sótano… y será el momento adecuado.

Ilona asintió. Ahora sabía que sí podían intentar lo que antes

parecía un imposible.

Evadirse del infierno clínico del doctor Siodmak. Tratar de dejar atrás la pesadilla.

* * *

La pesadilla empezó a quedarse atrás.

Estaban libres. Fuera de su celda. En el largo corredor del sótano destinado por el cruel y desaprensivo Siodmak a los presuntos locos furiosos. Una puerta se había abierto. Faltaban otras. Pero lo importante era haber comenzado. Lo importante era estar allí. Camino de alguna parte.

—De buena gana, abriría la puerta a todos esos desgraciados —murmuró Romy, pensativa—. Pero sería igual que soltar una jauría, y sus gritos nos delatarían en seguida. Habremos de renunciar a ello. Vamos ya. Lo importante es salir de aquí, poder denunciar a la policía lo que sucede.

—¿Por dónde salimos, Romy? —Miró en, derredor Ilona, buscando un posible camino salvador en aquel dédalo sombrío, tortuoso, de pasadizos y galerías húmedas, en constantes tinieblas.

—No lo sé. Probemos fortuna en dirección a la oficina de Lukas —ella señaló una galería determinada, oscura como boca de lobo—. Es por aquí. Allí tiene él otras llaves. Y vi una puerta cerrada, al fondo. Quizá haya suerte.

Momentáneamente al menos, la hubo. En la desierta oficina del enfermero, encontraron un manojo de llaves. Y en el muro, algo de inapreciable valor: un plano del sanatorio del Torreón Negro. Esperanzadas, Romy e Ilona cambiaron una mirada.

—Estamos aquí —dijo la primera, señalando un punto cuadrangular en el plano. Ilona graduó la luz de gas con algo más de intensidad, para seguir mejor los detalles del plano. El dedo de Romy Schultz siguió una trayectoria, hasta detenerse en un punto. Lo golpeó, excitada. Habló, apremiante—: ¡Mira! Tenía yo razón. La puerta cerrada, la de ahí afuera…

—¿Adónde conduce?

—Los colectores, Ilona. ¿Entiendes? El paso a las alcantarillas de Viena…

—¿Y adónde nos llevará ese camino?

—A alguna parte —brillaban los ojos de Romy como brasas encendidas—. A la libertad, querida. ¡A la vida!

—Bien —decidió—. Sea lo que sea, no podemos vacilar ahora o echarnos atrás. Cualquier camino será mejor que quedarse aquí. ¡Adelante, Romy!

Ésta asintió, radiante. Tomó las llaves. Se encaminaron rápidamente a la hermética, sólida puerta de hierro claveteado.

Bastó correr un pesado cerrojo, girar una de las llaves en la mohosa cerradura…

Eso fue todo. El camino estaba expedito. Abierto a su desesperado intento.

Era un camino de tinieblas, humedad, misterio e ignorados riesgos. El miedo a lo desconocido asaltó momentáneamente a Ilona. Luego, reaccionó. Nada podía ser peor que aquello que ya conocían, entre los muros del sanatorio.

Y tras una mutua mirada de ánimo, se decidieron.

Aquella puerta quedó atrás. Se aventuraron por el largo corredor oscuro. Romy tomó un quinqué de petróleo de un estante. Tenía poco combustible, y graduó su llama débilmente, para que les durase más tiempo. A la incierta claridad de aquella llama vacilante, se movieron hacia lo ignorado. Pisando aquel suelo húmedo, resbaladizo, camino de las tétricas alcantarillas vienesas.

Allá en la distancia, se oía el gotear de aguas residuales. Pronto su fétido hedor llegó hasta ellas. Estaban penetrando en las cloacas infectas, repletas de ratas, en el subsuelo de la hermosa ciudad imperial.

Fue una marcha dantesca. El bailoteo de la luz del quinqué, en los muros rezumantes de humedad, dibujaba dos sombras agigantadas, las de sus figuras, encogidas y medrosas. Una mano de Ilona, apretaba fuertemente la de Romy. Juntas, amedrentadas por el clima inquietante en el que se movían, ambas muchachas iban dando un paso tras otro, penetrando en el corazón mismo del tortuoso dédalo subterráneo.

No tenían exacta noción del tiempo ni de la distancia. Avanzaban muy lentamente, eso sí, sintiendo a veces el chapoteo de sus pies en el agua, fangosa, pestilente, y de vez en cuando el roce espeluznante del cuerpo peludo de alguna sucia rata,

escabullándose entre sus piernas, lejos del ramalazo de luz amarilla.

No advirtieron siquiera que, en su caminar, alcanzaban un pasaje sin salida en las alcantarillas. Es decir, con un muro cerrado el paso. Y en ese muro, la presencia de una puertecilla metálica, muy baja. La luz la alumbró espectralmente. Se miraron.

—¿Volvemos, Romy? —indagó, estremecida, Ilona, con aire vacilante—. No hay salida en este corredor…

—Creo que ésa es una salida —suspiró Romy, con mirada astuta —. Mira, Ilona…

Se acercó. Empujó la hoja metálica. Ésta chirrió, cediendo un poco. Desperdicios, fango y ratas muertas, a medio comer por otros roedores, que huyeron emitiendo chillidos, apenas Romy se apoyó en la puertecilla. La mano de Ilona, empuñando el quinqué, tembló ostensiblemente.

—¿Adónde puede conducir ese paso? —musitó roncamente la muchacha.

—No lo sé. Pero huele a azufre. Y a raticidas —dijo Romy, suspicaz—. Eso significa que hay un camino a alguna parte, ahí detrás. No es un colector de aguas residuales. Es un pasadizo antiguo, estoy segura. ¿Nos arriesgamos?

—¿Por qué no? —Suspiró Ilona—. Ahora, todo es un riesgo. Vamos allá.

La odisea en penumbras continuó. Tras unos empujones de ambas, la hoja metálica cedió, chirriante, abriéndose el hueco preciso para permitirles el paso. Se aventuraron, decididas.

A los pocos pasos, el aire se hizo en aquel corredor de techo abovedado, menos hediondo y repulsivo. Pero un olor a azufre, a desinfectantes químicos, subía del suelo. No había ratas ni aguas residuales.

—Parece…, parece un corredor —señaló Ilona. Y agudizó el sentido de su olfato, captando algo más, un aroma indefinible—: Y ese olor… Me recuerda a un templo… Sí, Romy, ¡huele a cera!

—Cera… —Romy asintió—. Sí, es cera, seguro. ¿Adónde conducirá esto?

—¡Chist! —musitó Ilona, repentinamente asustada, deteniéndose —. Mira… ¿ves aquel recodo? Hay… hay luz detrás…

Romy meneó la cabeza, inquieta. El reflejo pálido de alguna luz, venía de más allá del cercano recodo. Una luz vacilante, trémula,

pero intensa. El olor a cera aumentó al avanzar ellas.

Llegaron al recodo. Lo doblaron, tras una indecisión.

Y se enfrentaron al insólito panorama que allí se les ofrecía, a la claridad fantástica de los velones, que ardían ante sus ojos atónitos…

CAPÍTULO VI

MUERTE

—No debe preocuparse por esa paciente, doctor Coward.

—¿Por qué no, doctor Siodmak? Estaba en la última planta. En mi sección.

—Usted vio lo excitada que estaba. Luego intentó atacar a la enfermera. Y posteriormente intentó matarse. Todo eso, en ausencia suya, exigió urgentes medidas muy severas.

—Aun así, me gustaría visitar a esa paciente, ver su estado actual.

—Doctor Coward, el sótano es mi propio trabajo, y yo me ocupo de los locos peligrosos. Usted no tiene que ver con ellos —el tono de Siodmak fue muy seco—. Ocúpese de sus propios pacientes, conforme está reglamentado en mi establecimiento. ¿Algo más, doctor?

—No, nada —la mirada fría de Dennis se mantuvo fija en él—. Creí que era lógico interesarse por un enfermo que uno ha visitado ya en su propia planta.

—Lo es —se suavizó algo más Karl Siodmak—. Pero ya le he dicho que mi reglamento interior es muy riguroso, y me gusta que se respete. Quien trabaje aquí, está obligado a cumplirlo. —Y con una leve inclinación de cabeza, el psiquiatra abandonó el despacho de su subordinado.

Una vez solo, Dennis se frotó el mentón, pensativo. No parecía complacido en absoluto por la marcha de los acontecimientos últimos. Le irritaba la rigidez de su superior. Y el misterio que rodeaba la desaparición de Ilona Vaszary de su celda inicial. La explicación de Siodmak no le resultaba convincente. Había algo oscuro en ello. Desde una semana atrás, la paciente había pasado al

sótano, donde el enfermero jefe Max Lukas era amo y señor. Éste no le había dejado ver a Ilona. Y ahora, el propio director ratificaba la prohibición.

Dennis consultó su reloj. Era hora de marcharse, en su día libre de trabajo. Se puso en pie, y tomó su sombrero y macferlán. Ese día no vestía levita, sino un sobrio, elegante, redingote (Chaqueta negra, masculina, con doble fila de botones, muy de moda a finales del siglo XIX. Su nombre procede de la deformación fonética de su original inglés, *riding coat*). Echóse el macferlán por encima, se encasquetó el sombrero, y caminó hacia la salida del sanatorio.

Detuvo sus pasos al cruzar ante el despacho de Siodmak. Estaba desierto. Ni él ni la enfermera Groth estaban ahora allí. Dudó un momento. Luego, entró decidido.

Se inclinó sin una sola vacilación sobre el fichero clínico. Lo revisó con rapidez, buscando la letra V. La encontró, y pasó varias fichas hasta dar con la que buscaba: «Vaszary, Ilona».

La leyó sin pérdida de tiempo. Los datos eran escuetos. Aún no había cumplido veintiún años, pero faltaban pocas semanas. Era húngara. Nacida en Budapest. Criada en Pressburg. Padres fallecidos en su infancia. Su única familia actual, su tío y tutor, Zoltan Vaszary. Y su prima, tercera, Tania Duska, de veintiocho años. Residían en Hallesche Strasse, número 82.

Devolvió la ficha, saliendo de la oficina. Poco después, las puertas del sanatorio del Torreón Negro, se cerraban a sus espaldas. Caminó en dirección opuesta a los vecinos jardines y el edificio de la Morgue.

Detuvo un carruaje de alquiler. Subió al compartimiento posterior, e indicó al cochero:

—A Hallesche Strasse, 82.

* * *

Los velones ardían, goteando cera. En el altar sin cruces, y en torno al túmulo de paño púrpura. El aire, pesado, humoso, apestaba a sebo.

—¡Qué extraño lugar! —susurró, impresionada, Ilona.

—Muy extraño, sí. ¿Qué puede ser esto, a qué se debe? —gimió

Romy—. Primero los colectores, luego esto… Sin duda es el acceso a un sótano especial, como el del sanatorio… Pero ¿adónde?

Ilona se encogió de hombros. Caminó hasta el altar, y estudió sus candelabros, aquel marco tapado… Lo abrió. Contempló el hermoso rostro de la mujer. Rubia y joven, como ellas dos. También hermosa. Muy hermosa.

—Me resulta vagamente familiar —musitó—. Como si la hubiera visto antes, en alguna parte…

—Resulta raro —señaló Romy, que para ser una desequilibrada, estaba razonando muy bien durante toda aquella fuga—. Un retrato de mujer, velas encendidas, un túmulo funerario… ¿Para qué, Ilona?

—No lo entiendo —confesó la joven húngara. Miró en torno, inquieta. Se mordió el labio inferior—. Pero no me gusta. Esto es anormal, Romy. Parece… una cripta, o… o un panteón.

—Esto no es un cementerio, Ilona… Son las cloacas de la ciudad.

—Eso es lo extraño. ¿Qué puede hacer un recinto funerario en el subsuelo de algún edificio de Viena? Es…, es algo siniestro, algo que no tiene razón de ser…, pero que está aquí.

—Veamos ese túmulo —comentó Romy, decidida—. Quizá debajo del paño haya alguna inscripción, algún indicio…

Sin terminar de hablar, tiró del paño púrpura, descubriendo lo que hasta entonces permaneciera oculto.

Un doble chillido de horror brotó de los labios de ambas mujeres.

Sus ojos, desorbitados, contemplaron con incredulidad lo que aparecía visible ante ellas. Una palidez mortal se extendió por su rostro, mientras retrocedían, alucinadas.

A sus espaldas, una sombra se movió en las penumbras. Una mano enguantada se aproximó a la nuca rubia de Ilona…

* * *

—¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita? Dice su tarjeta que es usted médico… en Londres.

—Lo fui.

Le señaló Zoltan Vaszary una butaca frente a sí.

—¿Quiere sentarse?

—Gracias —Dennis se acomodó, con cortés sonrisa, estudiando el ambiente confortable y suntuoso de la amplia residencia de Hallesche Strasse, número ochenta y dos—. No le molestaré demasiado en mi visita, puede estar seguro, señor Vaszary.

—No es molestia, doctor. ¿Una copa de *brandy*, un café…?

—Brandy, por favor —carraspeó, desabotonando su chaqueta, y retrepándose en el asiento—. Señor Vaszary, trabajo con el doctor Siodmak en el sanatorio.

—¿Ah, sí? —Cauto, dominando su leve sorpresa, Vaszary siguió escanciando *brandy* en dos copas, y miró de soslaya a su visitante—. ¿Le envía tal vez él?

—No. Vengo por mi propia iniciativa. Quiero hablarle de su sobrina.

—¿Ilona? ¿Le ocurre algo? —Pareció sentirse alarmado, como un pariente que amase de corazón a su sobrina—. Por favor, doctor Coward, me asusta usted…

—Hay motivos para ello. Su sobrina ha sido mi paciente sólo por unas horas. Luego, ha pasado a las celdas de locos peligrosos.

—¿Qué? —Vaszary era un buen actor, pero eso Coward no podía saberlo. Fingía perfectamente su inquietud—. Eso no es posible… Mi pobre Ilona…

—Sí es posible, señor Vaszary. Algo sucedió entre tanto. Dice el doctor Siodmak que ella atacó a los enfermeros, que luego intentó matarse…

—¡Dios mío! —Vaszary puso las copas ante ellos. Luego, como demudado, se dejó caer en su cómodo butacón, con un resoplido—. Es terrible lo que me dice. Yo no podía imaginar algo así. Cierto que Ilona sufrió un grave *shock* a causa de la muerte de su primo Sandor en el incendio de nuestra finca de Payerbach. Por esa razón la sometimos a tratamiento clínico, y nadie como el doctor Siodmak para atender el caso. Pero de eso a imaginar algo tan grave… ¿Cómo pudo mi desventurada sobrina empeorar hasta ese punto, desequilibrarse de tal modo?

Dennis tomó un sorbo de *brandy*. Respiró hondo, mientras depositaba de nuevo su copa en la mesa, y habló lentamente:

—Es que yo, señor Vaszary, no creo que su sobrina esté desequilibrada.

—¿Eh? —Zoltan le miró asombrado, con un respingo de sobresalto—. ¿Qué… qué dice usted?

—Usted sabrá quién es la Dama Ciega, ¿verdad?

—La mujer que lloraba sangre —suspiró el tío de Ilona—. Era la obsesión de mi sobrina.

—Ella dijo que la veía en sueños. Y en la realidad también. Incluso en su cuarto. Está escrito en su historial clínico.

—Exacto. Como verá, es algo imposible por completo… Una alucinación.

—Las alucinaciones no siempre significan demencia, señor Vaszary. Y menos aún, un proceso psíquico tan precipitado. Su sobrina no pudo degenerar en un caso clínico tan extremo. Ni sus ojos revelaban ese estado, ni su historial se ajusta a tal caída súbita en la agresividad y en la depresión suicida.

—Pero… pero si el doctor Siodmak lo ha dictaminado así…

—El doctor Siodmak es un psiquiatra. Yo también. Y no estoy de acuerdo con su diagnóstico. He preferido venir a verle y exponerle el caso. Su sobrina peligra allí, aunque ignoro por qué. Es una simple sospecha, una intuición. Usted es su único pariente. Haga algo. Vaya a verla. Insista en ello, diga Siodmak lo que diga. Eso puede quizá arreglar las cosas, no lo sé.

—Ciertamente, siempre he considerado a Karl Siodmak todo un caballero, y también un gran médico. Sus palabras me dejan confuso, pero… pero le prometo ir, hablar con Siodmak y ver personalmente a mi sobrina.

—Es todo lo que venía a decirle, señor Vaszary —se incorporó, abotonando su redingote—. Por supuesto confío en que todo esto quede entre usted y yo.

—Tiene mi palabra —mintió con frío cinismo Zoltan. Le tendió la mano, acompañándole a la salida, cortésmente—. Y no sabe cómo le agradezco cuanto hace por mí, por mi querida sobrina…

—Lo importante es que esta visita sirva de algo, si realmente esa muchacha no está tan enferma como parece. Sólo pretendo ayudar a que se impida cualquier error o injusticia.

Caminaron hacia el suntuoso vestíbulo, mientras Vaszary, muy compungido su aspecto, movía la cabeza con desaliento, como si todo aquello le resultase muy duro de admitir.

—No, no logro imaginarme a una persona como el doctor

Siodmak, equivocando el mal de Ilona, la verdad —comentaba para sí el caballero húngaro—. Sus declaraciones me han dejado perplejo, doctor.

—Créame que yo también me siento sorprendido y desorientado —confesó Coward, ya en la puerta—. Tanto, que no sé si el doctor Siodmak obra así por error… o intencionadamente.

—¡Dios mío! —El sobresalto de Vaszary, esta vez, no era fingido —. ¡Qué locura! Imaginar una cosa semejante en un hombre como…

En ese momento, alguien interrumpió la voz del tío de Ilona, desde la escalera que conducía al piso alto de la casa:

—Oh, querido Zoltan, ¿estás ahí? Te estaba buscando para…

Se paró su voz, en seco, quizá demasiado tarde. Y, demasiado tarde también, ella se intentó cubrir lo mejor posible, para no revelar sus rotundas, macizas formas, visibles bajo la bata abierta, que anudó deprisa, parándose en medio de los escalones, con la mirada fija en el visitante.

Pese a su celeridad en taparse, Dennis descubrió sus bellas pantorrillas, sus muslos firmes, entre los encajes de sus prendas íntimas así como las audaces prominencias de sus pechos, dificultosamente encerrados por un corpiño rojo, de raso y encaje, muy frívolo para una dama de aquella condición social.

Su presencia pareció helar la sangre en las venas a Zoltan Vaszary, que se mostró confundido y nervioso. La hermosa y descocada joven también parecía desconcertada, como arrepintiéndose de haber actuado con tanta ligereza ante un extraño.

Dennis estudió a ambos, con aparente indiferencia, dominando su sorpresa ante aquella escena. Rápido, reaccionó Vaszary, con forzada sonrisa, apresurándose a manifestar, con aire mundano:

—Estas jóvenes de ahora son terribles, Doctor Coward. Realmente terribles… Oyéndolas y viéndolas, uno cree que están de vuelta de todo. Y ese poco respeto en tratar a sus mayores… Tania, ven aquí y compórtate como la muchacha de buena familia que eres, por Dios. Doctor, esta jovencita alocada es mi sobrina Tania, prima tercera de Ilona. Tania, el doctor Coward, un psiquiatra nuevo en el sanatorio del doctor Siodmak, que ha venido a hablarnos de nuestra querida Ilona…

—Oh, doctor, es un placer —musitó ella, con su mejor sonrisa, acercándose a él. Estrechó su mano y le miró fija, turbadoramente, permitiendo con coquetería que su bata, descotada, dejase asomar la prominencia exuberante de sus senos—. Es usted muy joven… y muy atractivo, para ser un médico. Creí que todos serían como el viejo Siodmak.

—Tania, por Dios, modérate —la censuró acremente su tío.

—Señorita, en Inglaterra somos muchos los médicos jóvenes —respondió Dennis, admirado por la espléndida belleza sensual de aquella joven.

—Oh, es inglés… —ella hizo un mohín muy femenino, y suspiró—: Fascinante. Creo que los ingleses son adorables. Y usted lo confirma, doctor. Me gustaría hablar con usted más ampliamente.

—Estoy a su disposición, y encantado —sonrió él, risueño, con una cortés inclinación—. Puede estar segura de que la invitaría, encantado, mi próximo día libre a un teatro, un concierto o un paseo por el Prater, antes de cenar juntos… siempre que su tío, el señor Vaszary, así lo considere pertinente.

—Soy… soy su tutor y cuido de ella —mintió con forzada sonrisa Zoltan, dominando sus celos—. Pero, naturalmente, le considero a usted un caballero, y Tania misma debe decidir.

—Entonces, convenido —aceptó ella, mirando seductora a Dennis. Su morena belleza era como una explosión de sensualidad—. Le espero su próximo día libre, que será…

—De hoy en una semana —prometió Dennis, con expresión complacida—. No faltaré. ¿A las cinco?

—A las cinco —asintió ella, humedeciendo sus carnosos labios con la rosada puntita de su lengua—. Sé de una cercana sala de té donde podrá, de paso, cumplir su tradición… El *five o'clock tea*, ¿no es eso, doctor Coward? (El té de las cinco. Tradición británica, inalterable a través del tiempo).

—Es usted una delicia —rió Coward—. Está en todo, señorita.

—Puede llamarme Tania. Somos amigos, ¿no?

—Afortunadamente para mí, eso parece —no disimuló su interés por las opulencias torácicas de ella—. Soy desde ahora, su amigo Dennis. Señor Vaszary, gracias por todo. Fue un placer.

Se inclinó ante ambos, correcto. Con especial atención hacia Tania. Luego, abandonó la casa de Hallesche Strasse número 82.

Una vez a solas, Zoltan Vaszary se revolvió hacia ella con ojos como brasas, rota su máscara de cortesía, descompuesto por la ira.

—¡Tania, es vergonzoso! —rugió—. ¡Obraste como una cualquiera! ¡Y tu modo de dirigirte a mí…! ¡Ese hombre sospecha algo raro de Siodmak, y tú…!

—Querido Zoltan —se cimbreó ella ante él, riendo—. Una vez cometido el error, había que subsanarlo con un comportamiento frívolo. Soy una chica impulsiva, pero inteligente.

—Estás mintiendo. Ese hombre es joven, arrogante… ¡Y te gusta coquetear con él!

—Oh, querido, ¿celoso ahora? —Se mofó Tania. Fue a acariciarle, melosa—. Mi vida, nadie sabe que apenas si somos lejanísimos parientes. Deben seguir creyendo que sólo eres mi tío cercano, y nada más. Sólo pretendo engatusar a ese joven, y diluir sus sospechas, no seas tonto. Las mujeres sabemos hacer las cosas con más inteligencia y astucia que vosotros…

Vaszary, furioso, lanzó una imprecación, alejándose hacia el interior de la suntuosa vivienda, mientras ella reía, muy divertida al parecer.

Afuera, en la calle, Dennis Coward se había detenido en la acera cercana, reflexionando con el ceño fruncido. Sus ojos recelaban una expresión de astucia y curiosidad.

Al final, con una sombra de sonrisa en sus labios, el joven médico londinense se alejó, con paso vivo, en busca de un carruaje de alquiler, por las calles de Viena, bajo un cielo frío, nuboso, tristón, que hacía más melancólicos aún los muros bordeados de árboles desnudos del Hospital General de Viena, sito entre Hallesche Strasse y Alserstrasse, no lejos del domicilio de los Vaszary (En ese Hospital General, sito donde el autor cita, estuvo como médico el creador del psicoanálisis, Sigmund Freud).

Una luz de duda, de sospecha, de incertidumbre, brillaba en el fondo de sus penetrantes pupilas.

* * *

El alarido de horror flotó en el ambiente, denso como el humo de los siniestros velones. La mano crispada, fantasmal, a espaldas de

las dos mujeres, rozaba la blanca nuca, los dorados cabellos de Ilona. Pero ella no podía advertirlo. Y Romy tampoco.

La terrible, alucinada atención de ambas jóvenes, se mantenía fija en el espantoso espectáculo que el túmulo funerario ofrecía a sus ojos desorbitados.

Era la Muerte misma.

La más increíble y atroz apariencia de la Muerte. Su descarnada, purulenta presencia.

Bajo el arrancado manto púrpura, estaba el horror mismo que una mente enloquecida podía imaginar. Encerrado en una urna de tapa de cristal.

Un féretro macizo, con su superficie transparente, dejando ver en su interior aquella figura dantesca, propia de la más insólita pesadilla.

El vestido verde, de brillante raso, empezaba a ensuciarse con la purulenta, nauseabunda baba de una putrefacción avanzada ya. Las manos eran regueros de gusanos, removiéndose en un caldo lívido que chorreaba de los dedos, puro hueso y carne putrefacta.

En cuanto al rostro del cadáver allí guardado…

El rostro era abominable, delirante.

Sólo el dorado, largo cabello rubio, sedoso, que vieran antes en el retrato, se mantenía prácticamente intacto. Lo demás, era pulpa viscosa, carne putrefacta, adherida a jirones a la calavera de la mujer. La boca era un espumoso hervidero de gusanos, sobre los descarnados dientes iguales, nítidos como piezas de marfil. No había ya nariz. Y los ojos eran sólo dos cuencas vacías, oscuras, rezumando una viscosidad verdosa, entre la que se movían las criaturas repugnantes de la corrupción, como larvas de hediondez.

—Dios mío… —sollozó Ilona, histérica—. Una mujer… muerta… y descompuesta. ¿Qué horror es éste?

Romy chilló, convulsa, excitada su vacilante razón ante aquella presencia escalofriante de la muerte. Y se volvió, sacudido su cuerpo por espasmos terribles, buscando ayuda en Ilona.

Entonces descubrió la alta, sombría, siniestra presencia viviente a espaldas de su compañera. Exhaló un largo chillido, y estiró su brazo, apartando violentamente a Ilona de la proximidad de aquella garra negra que era la mano crispada.

—¡Mira, mira! —gritó—. ¡A tu espalda, Ilona…!

La joven heredera de los Vaszary, se volvió, aterrorizada, al tiempo que era atraída por Romy hacia sí. Su grito de pavor se unió al de su aliada en aquella delirante fuga.

El hombre alto, de rostro lívido, de ojos encendidos y rictus cruel, de negras ropas que le hacían parecer aún más alto y enjuto, masculló algo entre sus apretados labios. Saltó sobre ellas, como un ser enloquecido, pero frío y lúcido, en sus acciones.

Romy apartó a Ilona con un empujón. Y se precipitó sobre el siniestro desconocido, hincando sus uñas en el rostro, sobre la piel tersa, cérea. La sangre brotó de la lívida piel del habitante de aquella tétrica cripta.

—¡Huye, Ilona! —chilló Romy Schultz—. ¡Huye, pronto! ¡Yo te seguiré! ¡Vamos, escapa lo antes posible, busca otra salida en las cloacas!

Y siguió luchando con el adversario, mientras Ilona, vacilante, la obedecía y se lanzaba en desesperada fuga, corredor adelante.

Los ojos del hombre enlutado, de piel cadavérica, mirada ardiente, se elevaban en la mujer que huía, en sus cabellos sueltos, dorados a la luz de las velas…

—Rubia, joven y hermosa como Hilde… —musitó—. ¿Por qué ha de vivir ella, y no mi amada Hilde?

Al ser nuevamente atacado por Romy, que gritaba en el frenesí de su demencia, el profesor Zakoff rugió, con dolor y rabia. Una de sus manos enguantadas, aferró los rubios cabellos de la enferma. Con la otra, aferró su cuello, empezando a oprimir, a oprimir más y más, como un desesperado, mientras Romy, amoratándose inexorablemente su faz, dilatándose de modo horrible sus ojos, hincaba sus uñas en la camisa, en el cuello y las mejillas de su enemigo, estérilmente.

Los labios apretados y pálidos de Zakoff, modularon terribles palabras:

—Muere… Muere, estúpida e inútil mujer. Muere, para que Hilde sonría feliz en su lecho, al ver desaparecer a otra joven de rubios cabellos, que no merece vivir mientras ella yace ahí, muerta en lo físico, viva en espíritu, para guiar mis manos en una justa revancha sobre los miserables seres vivos… ¡Muere de una vez, maldita!

Su mano cerró el dogal asesino. Los dedos apretaron, apretaron,

apretaron…

Se hundió la nuez. Crujieron las vértebras de Romy Schultz. La infeliz dejó de apretar sus uñas contra el rostro odiado. Amoratada, babeante, colgó de la mano de Zakoff, cuando éste la soltó el cuello y retuvo la presión sobre los cabellos de la desventura joven.

Luego, la soltó con asco, con desprecio. Ella cayó a sus pies, inerte. Sin vida.

—Vil criatura… —la miró con ira Zakoff. Luego, sonrió, malévolo—. Hilde, eres feliz, ¿verdad?

Se acercó al túmulo siniestro. Contempló con arrobo aquel cuerpo nauseabundo, como si estuviese dotado de todos los encantos físicos imaginables. Acarició el grueso vidrio que le separaba de su amor. Los gusanos bullían entre la espesa pulpa de la corrupción.

—Sí, eres feliz. Y lo serás más cuando otras mujeres, hermosas, que no merecen sobrevivirte, estén disfrutando de los placeres del mundo que a ti te fueron negados. Hilde mía, sé lo que quieres decir —miró hacia la salida del lúgubre corredor, brillaron perversos, despiadados, casi demenciales—. Esa chica… Esa joven y bella rubia de grandes ojos azules asustados… Ella debe ir a acompañarte. Ella también debe morir… Se llama Ilona… Ilona ha de morir… ¡*y morirá*!

Sus pasos, lentos e inexorables, le guiaron hacia el fondo del corredor. En pos de Ilona.

CAPÍTULO VII

PERFIDIA

—Ilona… ¡Otra vez Ilona! —rugió con disgusto Karl Siodmak.

—Pero doctor, es mi deber avisarle de lo que está sucediendo… —arguyó tímidamente Zoltan Vaszary, sorprendido por la brusca reacción del psiquiatra.

—Sepa, Vaszary, que su sobrina ha huido —informó con brutal sinceridad Siodmak.

—¿Qué? —jadeó Zoltan, palideciendo—. Esto no será una broma…

—¿Cree usted que es asunto para bromear? —farfulló con ira el director del sanatorio—. Ilona Vaszary y Romy Schultz, su compañera de celda, han desaparecido.

—Pero… ¡pero eso no es posible!

—¿No? Lo cierto es que *sí* ha sido posible. Se evadieron.

—¿Cómo pudo suceder?

—No lo sabemos. Se sospecha que, durante un correctivo, la endiablada Romy Schultz, una loca muy astuta, robó la llave a Max Lukas. Éste será sancionado debidamente. Pero ellas no han sido halladas.

—¿En qué forma pudieron salir del edificio? —Pese al frío reinante, Zoltan se enjugó el sudor de su rostro con un pañuelo.

—Las alcantarillas —masculló Siodmak—. Es la única salida lógica. Pueden estar ahora en cualquier punto de Viena. Es inútil ir en su busca. Eso es un laberinto oscuro, donde cualquiera podría extraviarse fácilmente, desfallecer… y caer víctima de las ratas.

—Las ratas… —brillaron los ojos de Vaszary—. Si al menos acaba así…

—Es una posibilidad —admitió gravemente Siodmak—. Pero no

podemos estar a expensas de ello. Esa muchacha es un peligro.

—Cierto. Si acude a la policía…

—Oh, eso no me preocupa —rechazó el psiquiatra—. No lograría nada acusándome. Soy un médico prestigioso. Tengo amigos importantes. Y ella es una mujer internada por desequilibrio mental. Lo que importa es dar con ella, internarla de nuevo si está viva… o presentar su cadáver si murió. Pero de modo que sea identificable. Recuerde la ley, Vaszary. Si dentro de un mes y veinte días, usted no puede demostrar que la heredera está loca o difunta… ¿qué sucederá con la herencia?

—Que se perdería por desaparición legal de su propietaria… ¡durante un período superior a los quince años! —Se asustó Zoltan.

—Exacto —dijo apaciblemente el psiquiatra—. Eso es lo que sucedería, amigo mío. Y todos nuestros esfuerzos se perderían del modo más estúpido imaginable. Por eso le dije que hemos de encontrarla viva… o muerta. Ahora, dígame lo que vino a contarme: ¿qué sucede con el doctor Coward, en relación con su sobrina?

—Que ese médico inglés, sospecha de usted.

—¿De mí? —Enarcó Siodmak sus cejas—. ¿En qué sentido, exactamente?

—En el verdadero, eso es lo peor —Vaszary sacudió la cabeza, preocupado—. Cree que Ilona no está loca. Que sus métodos son raros, y su actitud poco clara. En suma, va demasiado bien orientado.

—Sí, me lo temía —el psiquiatra se frotó, con aire pensativo, demasiado observador—. ¿Qué cree que piensa hacer?

—De momento, seducir a mi sobrina —declaró con ira Zoltan, bajo la mirada astuta e irónica del director del sanatorio—. A ella le gusta coquetear, y no parece advertir el peligro. Si ese joven sospecha de nosotros, si a Tania se le escapa algo, sería terrible. Bastaría una denuncia de él, para…

—Deje que resuelva yo ese punto —le atajó con frialdad Siodmak—. Hoy resolveré algo definitivo, respecto a mi joven ayudante… y también respecto a Ilona Vaszary, no lo dude.

—Tendrá que actuar deprisa… —apremió, inquieto, el tío de Ilona.

—Ya le dije que hoy mismo —suspiró el psiquiatra—.

Enfermeros y empleados míos van a recorrer el trazado de las cloacas, en torno al sanatorio. No pueden haber ido muy lejos. Las encontrarán. En cuanto al doctor Coward… habrá que idear algo.

* * *

—¿Tengo que hacer nuevamente el papel, Karl?

—Sólo si hallamos sana y salva a la chica, Kristina —afirmó el médico—. La inyectaremos inmediatamente un excitante, yo la someteré a otra sesión hipnótica, como aquéllas en que le sonsaqué la clase de aparición que surgía en sus pesadillas, y tú encarnaste a esa horrible y satánica dama. Así preparada, tú aparecerás en su celda del sótano cuando vuelva en sí, la acosarás, y le crearás otro *shock*. Seguro que se desvanecerá. Y entonces…

—¿Sí, querido? —Kristina Wassen, en realidad era una hermosa y espléndida hembra, que carente de atributos lúgubres, todos los que poseía su cuerpo eran generosos, seductores y llenos de lasciva atracción; se acomodó ahora en el brazo del butacón del psiquiatra, y puso su pierna desnuda junto a Siodmak, rodeándole con brazo amoroso.

—Entonces, Kristina, la inyectaremos aire en las venas —declaró con monstruosa calma el psiquiatra.

—¿Un… asesinato? —Se estremeció la figura sensual de la dama del cabello de azabache.

—Legalmente, una muerte por crisis cardíaca, a causa de un *shock* demencial —rectificó suavemente el siniestro galeno—. Eso es, al menos, lo que yo certificaré, como médico suyo. Y ningún forense tiene autoridad para inmiscuirse en los asuntos de mi sanatorio, querida.

—¿Eso nos reportará beneficios? —Brillaron con expresión codiciosa las negras pupilas de la amante de Karl Siodmak.

—Muchos —rió el médico—. Virtualmente, tendremos en nuestras manos a los Vaszary y su fortuna…

La luz de codicia, en los ojos de la hembra, se hizo llama abrasadora.

* * *

El reloj del vestíbulo dio las siete campanadas.

Dennis Coward confrontó la hora con la de su reloj de bolsillo, de plata labrada, con el escudo de la Real Facultad de Medicina Británica. Atrasó la aguja poco más de un minuto. Le gustaba ir puntual. En Viena había bellos relojes públicos. Pero echaba de menos el Big-Ben, con su peculiar campanilleo. Quizá sentía añoranza de la niebla londinense, en el seco y duro clima vienes.

Se dispuso a acomodarse en su despacho del sanatorio, cuando levantó sus ojos, consciente de la presencia de alguien. Alguien que estaba mirándole…

—Ah, ¿es usted, doctor Siodmak? —Se incorporó, respetuoso—. Puede retirarse, si está cansado. Comienzo mi guardia de esta noche.

—Ya me iba, Coward —suspiró Siodmak, apacible, entrando en el despacho—. ¿Ninguna novedad?

—Ninguna, señor. En la última planta, todo va bien. Sólo el paciente de la ocho, el señor Molnar, sufrió una pequeña crisis, que no fue difícil resolver. Ahora descansa, muy tranquilo.

—Perfecto. Es usted un excelente profesional, amigo mío… —le estudió fríamente—. ¿Sigue preocupado por esa chica, la muchacha Vaszary?

—¿La joven del sótano? Ya le dije que sí, doctor. Pero si usted opina…

—Ahora no se trata de lo que opine o deje de opinar. Esa chica ha desaparecido.

—¿Cómo? —Dennis le miró, asombrado—. Creí que nadie podía desaparecer aquí… y menos del encierro en el sótano…

—Pues se ha evadido. Por las cloacas. La están buscando, pero temo que las ratas sean un peligro demasiado grave, en ese dédalo de basuras…

—Las ratas… Dios mío —Dennis se mordió el labio, inquieto—. ¿Puedo buscar yo también a esa joven, doctor?

—¿Por las cloacas? No, no quiero que se arriesgue usted. Ya envié a enfermeros, jardineros, cocineros, a todo el mundo, con lámparas y armas. Desgraciadamente, soy pesimista… Si ella se perdió ahí, nunca la encontrará nadie con vida. La única posibilidad es que ande cerca de aquí…

—De todos modos, doctor Siodmak, me gustaría seguir de cerca

esa búsqueda… Si pudiera bajar al sótano, saber cómo marchan los trabajos…

—Está bien. Baje. Eso no se lo puedo impedir. Si sabe algo, no deje de avisarme. Me quedaré todavía, trabajando en mi despacho, durante cosa de una hora. Hay que ajustar las cuentas del sanatorio antes de fin de mes.

—Gracias, doctor —y Dennis Coward, presuroso, abandonó su despacho.

No llegó a ver la sonrisa malévola en los labios de su superior, allá a espaldas suyas.

Quizá entonces hubiera sospechado algo oculto en la aparente, cordialidad del doctor Siodmak.

Y ese algo, era la muerte.

* * *

El descenso a los lóbregos sótanos del sanatorio, era angosto y difícil. Una vieja escalera de caracol, con barandilla oxidada, a medio derruir, más propia de un edificio ruinoso qué de un auténtico sanatorio.

Abajo, la humedad, el frío, la oscuridad apenas combatida por algunas débiles llamas de gas, le resultó a Dennis Coward tan monstruoso, que se preguntó cómo podía existir en una ciudad civilizada, en un país culto y organizado, un centro sanitario semejante, y dentro de él tales aberraciones clínicas. Aquello hubiera encajado bien en Newgate, allá en Londres, pero no en un mal llamado «sanatorio para enfermos mentales».

Dominando su ira, su repugnancia, su disgusto por aquella serie de irregularidades pasmosas y llenas de indignidad, Dennis descendió a la planta del subsuelo del edificio, donde los enfermos, locos o no, se pudrían en un cautiverio demoníaco, más digno del Medioevo, del oscurantismo de otros tiempos, que de la brillante, barroca Viena de 1895.

Al llegar al final de la escalera, un enfermero gigantesco, pelirrojo, que sostenía una lámpara de petróleo en su mano, ante la puerta de salida al laberinto de los colectores vieneses, se volvió, dirigiéndose hacia él, solícito.

Fue completamente imprevisible. Dennis Coward tenían ante sí únicamente cuatro escalones, cuando el brusco crujido, sobre su cabeza, le alarmó. Instintivamente, el enfermero le avisó:

—¡Cuidado…!

Luego, la pesada cornisa metálica que, sobre el final de la escalera de caracol, sobresalía del muro húmedo y sucio, acaso como vetusta protección contra las goteras del desconchado techo, cayó sobre él con estruendo.

Era una piedra que pesaría, posiblemente, más de cien libras en hierro herrumbroso, con dos farolas colgantes del mismo metal, que no se usaban hacía largo tiempo. Cayendo sobre una persona, podía aplastarla perfectamente. El golpe de aquel alero voluminoso, descendiendo veloz sobre un cráneo, tenía el mayor número de probabilidades de ser mortal de necesidad.

Y así hubiera ocurrido, de no presentir Coward algo extraño, al iniciarse el crujido del derrumbamiento, y echarse bruscamente atrás, saltando varios escalones en sentido contrario a su marcha, cuando ya la cornisa se estrellaba, demoledora, en los escalones que él hubiera tenido que pisar en aquel preciso instante.

Un caos fragoroso, de hierros retumbantes, de la piedra agrietada y hundida de la escalera, se formó ante Dennis. La polvareda que le envolvió, impidió que el enfermero pelirrojo le viese, y su grito de alarma le llegó claramente a los oídos:

—¡Cielos, el doctor! ¡Ha debido matarse el doctor inglés, vengan pronto!

Dennis Coward no tuvo ánimos de contradecirle en ese momento. Estaba recuperando el aliento, con dificultades, tras haber visto la muerte cara a cara, en aquella terrible circunstancia.

—De haber avanzado esos escalones… ya sería cadáver —se dijo, fija su vista en aquel hacinamiento de hierros, piedra y baldosas pulverizadas—. Qué extraño accidente…

Accidente…

Instintivamente, levantó los ojos al techo del sótano, como buscando la explicación natural del hecho. Cierto que todo podía ser accidental, pero… ¿lo era?

En cualquier caso, resultaba demasiado oportuno. Tanto, que despertaba forzosamente sus sospechas. Pero ¿cómo hacer caer una cornisa así, *intencionadamente*, en un instante determinado?

Ésa era la incógnita a despejar. Y cuanto antes, mejor.

Observó a simple vista, los destrozos del muro, de donde se desprendieron los soportes. Éstos se habían hallado profundamente incrustados en la obra, vetusta, pero sólida. Parecía difícil que cedieran. Pero habían cedido.

Mentalmente, pensó en revisar más tarde el posible lugar adonde aquel muro comunicase. Sólo si alguien esperaba al otro lado, podía impulsar la cornisa contra alguien que bajase la escalera.

En cuyo caso, era *asesinato*. Un premeditado y frío asesinato, ideado por la perfidia de una mente astuta, maligna…

—Cielos, doctor, pudo haberse matado —comentó estúpidamente el enfermero.

—Sí. Pude haberme matado —afirmó con sequedad Dennis. Se sacudió, pulcro, el polvo de sus ropas—. Pero todavía estoy vivo…

Caminó, decidido, por el lúgubre sótano. Miró, con un estremecimiento la hilera de herméticas puertas metálicas. Le produjo más la impresión de una serie de mazmorras que de una nave sanitaria. Aquello era inhumano. Indigno. Siodmak le había dejado bajar, convencido de que nunca vería todo eso. Si él planeó el *accidente* en la escalera de caracol, era obvio que ocultaba, tras su digno aspecto, algo tenebroso. Algo culpable.

Quizá… quizá eran ciertas sus sospechas, después de todo.

—¿Algo nuevo sobre esa muchacha, Ilona Vaszary? —preguntó al enfermero.

—Ni de ella ni de su compañera, Romy Schultz. Nada, doctor. Hay gente con luces, recorriendo las alcantarillas. Pero sin resultado hasta ahora.

—Entiendo —suspiró Dennis, ceñudo. Miró la puerta metálica, abierta ante él. Más allá, un mundo subterráneo, de ratas, aguas hediondas y detritus, formaba sus calles alucinantes, bajo la alegre Viena imperial. Creyó distinguir el lejano bailoteo de unos reflejos de luz, como una danza de luciérnagas en la oscuridad. Apretó los labios.

—Imagino que otros viejos edificios de esta ciudad comunicarán con los colectores, lo mismo que este sanatorio…

—Oh, muy cierto, doctor. Hay sótanos antiguos que, al empezarse a trazar alcantarillados en Viena, quedaron comunicados

de algún modo con el subsuelo. Este edificio, muchos almacenes, la prisión, el Teatro de la Opera… y la Morgue.

—La Morgue… —repitió la palabra Dennis, con un escalofrío. Recordó la vecindad del tétrico edificio del Depósito de Cadáveres, que muchas personas llamaban ya en Viena la Morgue, por la moda del lenguaje francés y el dictado de los usos y costumbres de París en toda Europa. Añadió, reflexivo—: Esperemos que eso no sea un mal augurio…

—¿Decía usted? —preguntó torpemente el enfermero.

—No, nada —replicó Dennis, encogiéndose de hombros. Y se asomó a la negrura pestilente del subsuelo.

Justo para encontrarse cara a cara con Ilona Vaszary.

O con su fantasma.

CAPÍTULO VIII

SANGRE

—¡Doctor! ¡Doctor Coward!

Un grito ronco. Desgarrado. Luego, el peso dulce de su cuerpo esbelto, rendido, húmedo de transpiración y de frío, contra su pecho, entre sus brazos.

—Señorita Vaszary… —jadeó Dennis, estupefacto, oprimiéndola instintivamente contra sí, en gesto protector, sintiendo palpitar la firme carne de su cuerpo, helada y estremecida, bajo la presión de sus manos—. ¿De dónde sale? ¿Qué le ha ocurrido? Vamos, serénese…

—No, no… —Sollozó ella, ante la mirada perpleja del enfermero—. No quiero estar en el sanatorio. ¡No quiero! Mi… mi mente está sana, doctor. Quieren destruirme… ¡Quieren volverme realmente loca! ¡Tiene que creerme!

—Claro, amiga mía —sonrió, alentador, Dennis—. Estoy intentando creerla. La ayudaré en todo. Debe calmarse ahora… Si tanto teme este lugar, ¿por qué ha vuelto a él?

—Oh, doctor, ha sido todo tan horrible allá fuera… —sollozó, señalando con mano temblorosa a la oscuridad de las cloacas. Sus ojos se dilataban por momentos, con una expresión realmente enloquecida—. Me… me perseguían… Huí, no sabía hacia dónde, escapando del… del monstruo…

—¿Dónde está su compañera, Romy Schultz? —preguntó con poca oportunidad el enfermero.

—Romy… —entreabrió Ilona su boca, trémula. Su cuerpo temblaba de frío y de terror—. ¡Ella se quedó en poder de él, en la cripta, en poder del monstruo!

—¿Cripta? ¿Monstruo? —Dennis Coward arrugó el ceño,

perplejo—. Por Dios, señorita Vaszary, trate de razonar un poco, no divague más… ¿De qué está hablando?

—¡Es la verdad, doctor Coward, es la verdad! —insistió ella, patética, suplicante—. ¡Tiene que creerme! ¡Usted tiene que creerme!

—Lo hago, palabra. La creo. Sólo quiero que me explique usted esos hechos tan poco congruentes, Ilona. ¡Trate de serenar sus nervios, de hablar con calma…!

—¡No puedo, no puedo! ¡La mujer rubia estaba podrida, descompuesta, y él hablaba de ella como si fuese algo vivo! ¡Oh, Dios mío, aquel altar iluminado, la mujer rubia convertida en algo espantoso…! ¡El vestido verde lleno de purulencia, de gusanos…! ¿Lo entiende ahora, doctor? ¿Lo entiende todo? ¡Por eso volví al sanatorio! ¡Romy se quedó allí! ¡Ella se sacrificó, por salvarme de la furia del monstruo! ¡No me abandone, doctor! ¡No me lleve de nuevo a aquel horrible lugar!

Y agitada por el llanto, se apoyó en el pecho de Dennis.

Éste alzó los ojos, vacilante, desorientado, encontrándose con la fría, oscura mirada de Karl Siodmak, el director del sanatorio. Ambos hombres se estudiaron largamente, en silencio.

Fue el doctor Siodmak quien rompió esa pausa, con voz glacial:

—Primero, el súcubo de ojos sangrantes… y ahora eso.

—¡No! —gimió Ilona, horrorizada, estrujando a Dennis—. ¡No deje que él me encierre de nuevo! ¡Todo es cierto, lo juro! ¡No he imaginado nada; es auténtico, completamente real!

—Claro —rió huecamente Siodmak—. La mujer cubierta de gusanos en su ataúd, el monstruo, Romy en sus garras… Todo muy verosímil… ¿Qué opina, doctor Coward?

Dennis no tuvo fuerzas para replicar. Abatido, desolado, comprendía que el director del establecimiento tenía razón. Todo aquello era delirante, incoherencia pura. Pobre Ilona, pensó…

Tras de Siodmak, venían dos de sus fornidos enfermeros. Los demás no tardarían en regresar de su estéril búsqueda subterránea.

Un solo gesto bastó. Los enfermeros apartaron a Ilona de los brazos de Dennis. Ella chilló y chilló, desesperada, tendiendo implorante sus brazos al joven inglés. Éste, pasivo, afectado, se limitó a contemplarla, sin intervenir en absoluto.

La última mirada de Ilona, antes de ser internada en una celda,

cuya puerta se cerró secamente tras ella, fue tan desesperada como dolorida. Tan angustiosa como defraudada. Después del encierro de la joven, un silencio agobiante se hizo en el sótano.

—Como ha visto, yo tenía razón —dijo Siodmak—. Está completamente anormal. Sólo ve aberraciones.

—Doctor Siodmak, como médico no he intervenido en todo esto. Usted ha visto mi respetuosa pasividad —habló con helada concisión Coward—. Pero como persona, sigue produciéndome repugnancia cuanto aquí veo. Quizá me equivoqué y, después de todo, Ilona Vaszary, está realmente loca. Sólo que eso no justifica sus métodos medievales ni sus crueldades.

—Los locos peligrosos deben ser tratados duramente —replicó Siodmak con arrogancia—. No es usted quién, doctor Coward, para criticar mis procedimientos clínicos. Soy mayor que usted, con mayor experiencia y con un prestigio en toda Austria. Además, soy su jefe.

—Lo era, doctor.

—¿Qué quiere decir? ¿Renuncia?

—Renuncio por incompatibilidad. Me voy, doctor. Además, su sanatorio está demasiado viejo —señaló a la cornisa derribada—. Y no me refiero sólo a los métodos…

—Lamento el accidente. Hay que apuntalar algunas cosas. No volverá a suceder.

—No. No volverá a suceder, esté seguro. Ausentándome yo, eso no se repetirá. Le ruego prepare mi cuenta.

—¿De modo que insiste en irse?

—Sí. No quiero ser cómplice en sus manejos. Me voy ahora mismo.

—Podría denunciarle ante el Colegio Médico austríaco por esos insultos, impidiéndole ejercer en Viena, doctor Coward.

—No creo que lo haga pero, de todos modos, no me dañaría demasiado con ello. Tengo medios para vivir algún tiempo sin necesidad de trabajar. Y Europa no se limita sólo a Viena, doctor Siodmak.

Sin añadir más, abandonó la estancia, subiendo por la peligrosa escalera de caracol.

Sabía que con esto, no sólo abandonaba el sanatorio del Torreón Negro y a sus pacientes, sino también a una mujer que había

confiado en él: Ilona Vaszary.

Pero después del esquizofrénico relato del monstruo, la cripta y el altar es las cloacas, y la mujer rubia del vestido verde, pudriéndose en un féretro de vidrio, todo parecía demasiado claro para él.

Ilona Vaszary estaba enferma. Mentalmente insana.

Y en un lugar como aquél, ni como médico ni como hombre podía hacer nada por ella.

Cuando abandonó el siniestro caserón, la noche era helada, algo neblinosa por el río, y con fina llovizna glacial. Antes de alejarse, echó una amarga ojeada al edificio, y otra, instintiva, a la vecina construcción de la Morgue, con sus escasas luces en la planta baja y su eterna quietud de muerte.

Al marcharse, no podía imaginar que dejaba atrás la clave misma de la pesadilla.

* * *

—¿A punto?

—A punto, querido —rió Kristina Wassen, añadiendo unos toques de pintura roja sobre sus párpados, tras haberse ajustado la negra peluca de largo y lacio cabello sedoso, sobre su propio pelo oscuro, más corto y ondulado que el de la Dama Ciega, producto de las pesadillas iniciales de Ilona Vaszary.

—Espero que sea la última representación.

—Lo será. Está realmente desequilibrada ya. Incluso ha visto fantasías imposibles en las alcantarillas. Eso significa que hemos logrado alterar su mente, destruirla. Este golpe puede ser decisivo, Kristina. Procura resultar más terrible que nunca.

—Lo intentaré —se contempló en el espejo, aplicándose las falsas uñas de celuloide, y arreglando los negros tules sobre su piel pálida, suave. Las turgencias de su lascivo cuerpo, destacaban nítidamente, y la mirada voraz de Siodmak las recorrió—. Cielos, cariño, a veces incluso yo misma me asusto al contemplar mi imagen. Debo resultar terrorífica para los demás, estoy segura.

—Para mí, eres terroríficamente adorable, mi vida —acarició sus formas, y la rodeó con sus brazos, buscando la boca golosa de ella.

Pero Kristina se desasió vivamente, con una risa excitada.

—No, no —eludió—. Nada de caricias y besos, o estropearás mi caracterización. Nos veremos luego, cuando Ilona Vaszary se encuentre ya en plena crisis… y nosotros más cerca que nunca de los billetes de Banco de tío Zoltan…

Ambos rieron. Ella se puso en pie, majestuosa en su papel de súcubo. Siodmak se retiró obediente. Consultó él su reloj de oro macizo, y lo reintegró a su chaleco de doble botonadura.

—Ya es hora —dijo—. Recoge el juego de llaves duplicado. Está en mi escritorio. Llamaré a Max Lukas con algún pretexto, para que trabajes a gusto. Claro que él no dice nada nunca, pero es mejor así. Estarás sola en el sótano, el tiempo preciso para terminar con la poca razón que aún sobrevive en la mente de esa desgraciada.

* * *

Sola en el sótano.

La idea le había parecido ideal hasta entonces. Justo hasta entonces.

Ahora, de repente, todo cambiaba. Era absurdo, sí. Pero cambiaba.

—Sola en este sótano —murmuró para sí—. Es lo ideal, después de todo. ¿Por qué debo preocuparme ahora de nada? Es ridículo tener miedo…

Ella, que de ser vista por alguien podría causarle horror en su actual apariencia, había sentido temor por un momento, en la silenciosa soledad del subsuelo del sanatorio.

Fue sólo un instante. Luego, decidida, superó esa debilidad momentánea. Tomó la llave que Karl le señalara como perteneciente a la celda de Ilona. Se acercó a la puerta correspondiente.

La alta, lúgubre figura de la ficticia Dama de los Ojos Sangrientos, dio así su espalda a la puerta de acceso a las cloacas, todavía abierta a medias, en tanto duraba la búsqueda de Romy Schultz, viva o muerta.

Y apenas Kristina Wassen se volvió, avanzando hacia la celda de Ilona, situada ocho puertas más allá, un par de pupilas ardientes se

materializó en la sombra, más allá del umbral de las fétidas tinieblas.

Unos ojos enrojecidos, abrasadores, que se clavaban, perversos en la dama de larga melena y fantasmales ropas de luto. Después los ojos se movieron en la negrura.

Se desplazaron hacia la luz.

Y el hombre alto, lívido, vestido de negro, de rostro cadavérico, cubierto de surcos sanguinolentos, se adelantó, paso a paso, sigiloso, inaudible, hacia Kristina. Ella ni siquiera sospechó nada.

Al menos, no lo sospechó hasta que fue demasiado tarde…

Algo, quizá un presentimiento, un leve recelo, la hizo volverse de repente, en medio del corredor alumbrado pálidamente por la luz del gas.

En ese momento, el misterioso personaje alto, de cérea piel, de manos enguantadas de negro, caía ya sobre ella, con un destello cruel en su dilatados, terribles ojos.

—¡Hermosa mujer de negros cabellos, no mereces vivir, mientras Hilde, la más bella de todas, reposa en su panteón! —aulló, ronca, la voz del misterioso ser.

Kristina, de repente, sintió pánico. Tuvo la horrible impresión de ser el cazador cazado. Exhaló un largo, agudo, desgarrador alarido, que superó en mucho al de todas las mujeres dementes allí encerradas.

Fedor Zakoff no la dejó gritar mucho tiempo. Ni pareció impresionarse lo más mínimo por el teatral efectismo del maquillaje de Kristina Wassen.

Por el contrario, su mano zurda aferró fuertemente el cuello blanco y esbelto de la mujer. Era como la garra de un animal feroz, sobre un frágil cisne…

Kristina, desorbitados sus ojos, contempló de cerca aquel rostro demoníaco, color de cera y de muerte. Quiso luchar, forcejear con él, pero todo era en vano. No le era posible luchar contra la fuerza sobrehumana de aquel terrible desconocido.

Luego, la mano derecha de Zakoff entró en acción. Había salido del bolsillo de su larga, negra levita, con un filo de acero que se hincó en carne viva y palpitante.

Penetró sobre el pecho izquierdo, nacarado y voluptuoso, de Kristina Wassen. Atravesó el seno profundamente, y alcanzó el

corazón.

El chillido de Kristina se hizo agudísimo, intolerable. Luego, en pleno frenesí asesino, Zakoff extrajo el sangrante estilete, y lo hincó una, dos, tres, cuatro veces, en los senos de ella. Cortó su garganta, su rostro, su boca, hasta ahogar en borbotones de sangre sus alaridos.

—¡Muere, mujer! ¡Muere como ella murió, sufriendo su agonía en un baño sangriento! ¡Ella sabe que ninguna mujer hermosa la sobrevivirá mucho tiempo!

Kristina, pelele negro, blanco y rojo, muñeca muerta y rota, rodó por las baldosas al soltarla Zakoff.

Luego, al oír arriba pasos rápidos, y la voz de Siodmak, que había reconocido sin duda los gritos de su amante, llamando a ésta repetidamente, Zakoff se inclinó, cargó rápidamente con el cuerpo bañado en escarlata, y desapareció por su punto de llegada, con veloces pasos, mascullando para sí con voz ronca:

—Ilona… la rubia y hermosa Ilona… Volveré. Volveré a por ella más tarde…

Se fundieron en la negrura víctima y asesino. Más allá de la puerta a lo desconocido.

—¡Kristina, Kristina…! —rugía como enloquecido Karl Siodmak, precipitándose escaleras abajo.

Pero cuando llegó al sótano, no halló rastro de Kristina Wassen.

Sólo sangre.

Goterones de sangre. Salpicaduras de sangre. Y un gran charco de esa misma sangre.

Sangre… Y nada más.

CAPÍTULO IX

INDICIOS

El burbujeo brincó, saltarín y dorado, en las dos finas copas de cristal, después del taponazo.

Era como alegría picante, derramándose de la botella a los recipientes. El buen champaña francés corrió luego entre los labios de ambos, tras el brindis de ritual. Siguieron risas de júbilo y placer.

Las bocas se encontraron, húmedas aún del frío líquido espumoso, cosecha de 1880. El beso tuvo sabor a cavas antiguas. Y a deseo. A pasión desenfrenada.

—Oh, Dennis, eres adorable…

—Tania, tu proximidad abrasa… —murmuró él, envolviéndola en el dogal de sus brazos, que ella aceptó, mimosa y complaciente —. Me atraes irresistiblemente, preciosa.

—Dennis, esa atracción es mutua y magnífica —Tania, retrepándose en el mullido, granate sofá del reservado barroco, se dejó besar y acariciar por el joven británico. El cuerpo lujurioso de la morena belleza, era una sierpe placentera, ebria de sensualidad y de sugestión puramente física. Se enroscó, mimosa, contra su compañero de aquella tarde. Compañía iniciada en un apacible salón de té, a las cinco, y continuada luego con un paseo en carruaje cubierto, dado el lluvioso de la tarde, por el Prater vienés. De allí, a probar un exquisito vino del Rhin en una cantina típica de Grinzing (distritos suburbanos de Viena, prolíficos en rincones de gran tipismo), adornada con pintorescos *ramilletes de Makart* en sus mesas. (Los llamados *ramos* o *ramilletes de Makart*, son manojos de palmas, juncos, bambúes, y alguna pluma de pavo real, muy en boga a fines del siglo XIX. Su nombre proviene del artista austríaco Hans Makart, su creador). Luego, una excelente cena en Kronberg,

frente al barroquismo monumental del palacio Belvedere, la gran obra de Johann Lukas Hildrebrand.

Y ahora, enrojecidas sus mejillas por los vinos, la cerveza bávara y el champaña, en explosiva mezcla era dócil juguete carnal, en manos de Dennis Coward, siempre sereno, frío, y dueño de sí tras su apasionada apariencia.

Tania cedió a los amorosos ataques de Coward. Estaba vencida de antemano. La atraía el joven y apuesto médico inglés. Y una mujer vencida, se rinde siempre al vencedor.

* * *

La botella se vació.

Era la segunda que les habían servido en el reservado del Bayern Café. La espuma burbujeaba ya en la cabeza de Tania Duska, y no en las copas. En cambio, Dennis podía haberse bebido otra botella entera, sin el menor problema.

—Ha sido… todo… maravilloso… —reía Tania, tendida en el sofá, a la rosada luz de los globos de gas, que teñían de un suave tono anaranjado su piel sedosa, en las piernas bien torneadas, en los pechos agresivos, palpitantes entre encajes crujientes, almidonados —. Te adoro, Dennis Coward, mi cielo… Oh, mi cabeza… Da vueltas y vueltas, como un *carrousel* en el Prater…

Soltó una carcajada alegre, hueca y estúpida. Se removió, mimosa, en el sofá. Exhaló un gemido, tendiendo sus brazos a Dennis. Su voz prosiguió, en un murmullo inseguro:

—Mi Dennis… Estás lejos. Muy lejos… Ven aquí… Ven, mi amor.

—Sí, ya voy —asintió él, dando unos lentos pasos hacia el sofá. Y mirándola, como por azar, deslizó las palabras que tenía ya preparadas, bien maduradas en su mente:

—Eres hermosa. Hermosa y adorable, Tania. Conocí en el sanatorio a tu prima Ilona. Y me parecéis tan distintas…

—¿Ilona? —Se irguió a medias, y con un ademán obsceno, remachó—: ¡Oh, Ilona! Esa mosquita muerta, esa ridícula y cursi criatura… Debería de haber ido a un convento. Ella no entiende de todo lo bueno de este mundo… Siempre llora. Llora… ¡hip…!, y

llora. Y grita. Como gritó y lloró la noche aquélla, en la residencia de Pressburg, cuando el fuego del palacete causó la muerte de primo Sandor… ¡El bueno y querido primo Sandor! ¡Me asquean todos…! Sandor era un imbécil, y sin embargo podía heredar todo, si Ilona faltaba un día… ¡Los débiles y los necios siempre tienen… suerte! —Bostezó, se desperezó voluptuosamente, adormilada—. Por eso sugerí a tío Zoltan, al viejo y ambicioso sátiro de Zoltan Vaszary… le sugerí incendiar el palacete, con Sandor dentro… Y así se hizo…

Los cabellos de Dennis Coward se erizaron en su nuca. Tania acababa de dormirse. Ya no hablaba. Ya no hacía sino respirar hondo, pausado. Pero había hablado suficiente. Incluso demasiado.

Era increíble. El fuego en el palacete, la muerte trágica del joven Sandor…, el principio del tremendo *shock* de Ilona… No fue un accidente, sino *un crimen*. Eliminados Ilona y Sandor… ¡la herencia era para Zoltan y ella!

Se precipitó hacia la durmiente. La aferró por sus ropas vaporosas, medio sueltas. La alzó, zarandeándola sin contemplaciones, muy próximos sus rostros. Aturdida, abotargada por la bebida, Tania le miró sin atender, saliendo de su sopor.

—¡Tania, escucha! —rugió él, roncamente—. ¿Qué es lo que acabas de decir? ¡Habla, Tania! Hicisteis morir abrasado a Sandor, pero ¿qué más se hizo luego? ¿Qué pasó con Ilona? ¡Vamos, termina de una vez! ¿Cuál ha sido el juego con Ilona, qué hicisteis para quitarle la herencia?

Seguía ebria. Le sonrió estúpidamente y, en vez de enfurecerse o ponerse en guardia, le echó los brazos al cuello, ronroneando gozosa:

—Mi querido Dennis… Estoy loca por ti… Dennis, amor… Dejaremos al viejo Zoltan fuera de esto… Aliados tú y yo. A medias la… la fortuna de los Vaszary. Seremos ricos… Ricos y felices sin Zoltan. Si no te atreves, yo…, yo le mataré. Será fácil… fingir otro accidente. ¡Es un… un cerdo! ¿Me ayudarás, amor?

—Sí, te ayudaré —mintió fríamente Dennis—. Pero antes quiero esos detalles, Tania. ¿Cómo hicisteis para volver loca a Ilona? ¿Cómo?

—Siodmak, tu jefe, lo hizo todo… —tartamudeó ella—. Bastaron unas sesiones hipnóticas, una reproducción real de sus sueños…

Ilona empezó a ser tratada, se intensificó el procedimiento… ¡Qué divertido, ver a esa necia chillar como una chiflada! ¡Hasta que las puertas del sanatorio se cerraron por siempre para ella…!

La soltó, asqueado. Tania quiso abrazarle, canturreó torpemente, habló obscenas procacidades, y se adormiló de nuevo. Dennis la contempló, preguntándose si era posible que una mujer joven y hermosa pudiera resultar un monstruo.

Recogió de un colgador su sombrero y su macferlán. Abandonó rápidamente el reservado. Descendió a la planta baja del café, rico en dorados, cortinas, espejos y decorados globos de gas, en tonos rosa. Cuadros bávaros salpicaban los muros empapelados en granate.

Pagó el champaña, el alto precio que marcaba el local. No le dolió el gasto. Había valido la pena. Quizá una monstruosidad inaudita podía evitarse aún.

La calle, con una nevada incipiente, que empezaba a festonear de blanco los edificios, los árboles y los jardines, le acogió con su fría caricia, que alivió el ardor de sus sienes. Caminó presuroso, en ausencia de carruajes de alquiler. La nieve menuda, salpicándole el rostro, era algo agradable y confortante.

Pensó en Ilona, sin dejar de caminar…

El palacete de Pressburg, incendiado intencionadamente… Sandor, carbonizado vivo… Ilona, horrorizado testigo del suceso… El *shock*. Las pesadillas, la depresión… La Dama Ciega de los sueños neuróticos, fingida en la vida real, en una farsa cruel… El sanatorio, Siodmak…

Se paró en seco en una esquina. Pasó un carruaje. Un organillero tocaba un vals de Johann Strauss, allá en otra manzana… ¿Y las alcantarillas?

La idea asaltó súbitamente a Dennis Coward. Ilona había tenido *otras* alucinaciones. Una cripta, un altar, un féretro de cristal, una mujer rubia, descompuesta, devorada por la putrefacción de la materia… Y un monstruo. Un monstruo de negras garras… Romy Schultz, una loca, tal vez asesinada.

Romy Schultz *no* había vuelto.

—No es posible —se dijo a sí mismo, desorientado—. Ella no pudo ver todo eso…

Pero, pese a todo, había visto realmente a la Dama Ciega. No

mintió en eso. No fue un indicio de demencia. ¿Acaso lo de las cloacas *tampoco* lo era?

Sin embargo, una mujer rubia, de traje verde, llena de gusanos… Un cadáver en un ataúd, velones encendidos, un asesino monstruoso que se perdía en las sombras… Era ridículo, pensó. Algo sin sentido.

Cruzó la calzada, sumido en sus pensamientos. Hundió las manos en los bolsillos, la vista fija en un punto inconcreto de las iluminadas calles…

Pasó junto a un poste anunciador, con viejos pasquines: un concierto, con el *Don Juan*, de Mozart… Un festival de folklore austrohúngaro, en un local del balneario de Badén, a una hora de tren de Viena… Un afiche del Teatro Nacional de la Opera, con *El Murciélago*, de Strauss. Y el retrato en color de su protagonista, la malograda Hilde Gruber.

Siguió adelante, recordando su llegada a Viena, su velada en la ópera, con el *Tristán*, la muerte de la Gruber en una callejuela posterior al teatro, esa misma noche…

Se detuvo nuevamente, ya en la otra acera. Sus dedos hacía rato que estaban hurgando algo en el bolsillo… Algo, pequeño, redondo… Lo extrajo, recordando lo que era, al asociar sus recuerdos.

El botón.

Verde. De raso verde, con una piedrecita de igual color. Un botón del vestido de Hilde Gruber…

Giró la cabeza. La miró. Hermosa, rubia… Con traje verde.

Y muerta.

Sintió un escalofrío. Contempló el botón en la palma de su mano.

—Es…, ¡es imposible! —musitó ahogadamente—. No puede ocurrir algo así…

Estrujó el botón entre sus dedos. Y corrió. Corrió a través de Viena, en la noche.

No detuvo su carrera hasta leer en austríaco, bajo un globo de luz azul:

COMISARÍA DE POLICÍA

Y entró sin perder un momento, ante la curiosidad del agente uniformado que montaba guardia en la entrada.

* * *

Las manos enguantadas accionaron suavemente la llave, al introducirla en la cerradura.

Ni un solo ruido era perceptible dentro del sanatorio. La puerta, con las bisagras recién engrasadas por aquellas hábiles manos, no emitió ni el más leve chirrido. Cedió lenta, suavemente.

Y Fedor Zakoff, el pálido hombre de la Morgue, penetró en el recinto sanitario.

Su mirada era un fuego ardiente, profundo, fanático. La mirada de un ser capaz de todo, tras una idea fija, obsesiva: la idea de matar…, de destruir. Matar lo bello, destruir lo hermoso… En nombre de algo también hermoso, que ya no existía.

Su objetivo ahora era uno solo. Los labios apretados del director de la Morgue, modularon el nombre, ahogadamente:

—Ilona… Ilona…

Su mirada escudriñó el corredor iluminado, desierto. Siguió las puertas cerradas. Eran muchas. Más de doce, todas en hilera. Sabía que en una de ellas estaba la bella rubia. Hilde no reposaría tranquila en su cripta, mientras ella continuara viva…

Zakoff sonrió siniestramente. Miró la luz de la oficina con mamparas de cristales esmerilados. Vio moverse una sombra en su interior. Allí había alguien. El médico o enfermero de guardia. Eso le hizo cambiar de idea. Se movió hacia la oficina, con andares sigilosos. Sin el menor ruido. Sin precipitaciones inútiles.

Paso a paso, implacable, decidido, estremecedor en su fría determinación de muerte.

Llegó ante la puerta abierta de la cuadrangular oficina. El ocupante era un enfermero de blanca bata y rostro granítico, de hosca expresión: Max Lukas, mitad sanitario, mitad verdugo.

No pudo ver a Zakoff inicialmente. Estaba archivando unos papeles, entre el plano del sanatorio y el índice de ocupantes de las celdas de locos peligrosos. Inclinado, en escorzo respecto al visitante mortífero.

El hombre de la Morgue extrajo del bolsillo de su negra levita una mano enguantada. Llevaba entre los dedos un arma afiladísima: una navaja de afeitar, que abrió en silencio. La luz de gas relampagueó, azul, en la rectangular hoja de acero.

Luego, Zakoff saltó adelante, como una pantera negra tras el acecho.

Ahora sí captó algo raro Lukas, y alzó la cabeza, buscando el motivo del ruido y el movimiento. Sus ojos revelaron estupor, incredulidad, al verse ante el espectral caballero, a quien conocía de vista.

—¡Profesor Zakoff! —exclamó, llevando rápido su mano a la pistola cargada que tenía sobre la mesa, desde que Siodmak le dejara en guardia en el sótano, tras la misteriosa desaparición de Kristina Wassen—. ¿Qué pretende…?

No pudo seguir. La mano firme de Zakoff describió un giro sobre él. El filo de la navaja de afeitar, segó con un chasquido espeluznante, la yugular de Max Lukas. Y también su oreja y su tráquea, hincándose honda en el repentino, surtidor de sangre.

Ni siquiera llegó a gritar. Se ahogó su voz entre la ebullición roja de su hemorragia.

Zakoff se desentendió de él con pasmosa indiferencia. Mientras el enfermero caía rebotando entre la mesa, la silla y una de las mamparas de vidrio, dejando por doquier estridentes chorros escarlata, monstruosamente crispado el rostro, el hombre llegado de la casa de los muertos se preocupaba sólo de mirar en el índice de celdas subterráneas.

Sus ojos se detuvieron en una cifra y un nombre:

8 – Ilona Vaszary.

—Celda número ocho… —jadeó roncamente—. Todo perfecto… Hilde, mi amor, vas a ser muy feliz asistiendo a su sacrificio…

Se encaminó rápido a la celda ocho. Hizo girar la llave en la cerradura. Dentro, se oyó un débil murmullo nada más. Cuando Zakoff entró, Ilona dormía, inquieta, bajo el efecto de los sedantes e hipnóticos inyectados.

Zakoff la contempló glacialmente. Una sonrisa, una maligna mueca, curvó los labios lívidos del hombre enlutado. Luego,

presuroso, cargó con Ilona en sus brazos. Ella no despertó.

Momentos más tarde, Ilona y su siniestro raptor, se perdían en el inframundo oscuro y fétido de los suministros de Viena.

Hacia la cripta diabólica del horror y de la muerte…

* * *

El comisario Moritz Frauken pestañeó.

Había escuchado toda la historia. Del principio al fin.

Sonaba a una completa locura. Pero no era un loco el narrador precisamente, sino todo lo contrario. Se trataba de un psiquiatra inglés, joven e inteligente. Y le había expuesto los hechos con una simplicidad escalofriante.

—Cielos, doctor —dijo, inclinándose hacia delante, tras una pausa—. Eso que me cuenta, si es todo cierto, puede resultar el escándalo de Viena en muchos lustros… Nada menos que un médico prestigioso, un ciudadano húngaro de excelente posición… y una famosa cantante asesinada. Es para que uno empiece también a volverse loco… Doctor, ¿cuál es, exactamente, su teoría al respecto?

—Creo que deben, antes que nada, proceder a la exhumación de los restos de Hilde Gruber.

—¿Usted supone…?

—No supongo nada. Pero quiero creer que Ilona Vaszary vio realmente un cadáver putrefacto. El de una joven rubia, vestida de verde: Hilde Gruber.

—Y, por tanto, se cambió el cadáver, sepultando otro en su lugar, ya que la Gruber no tenía familia —reflexionó el comisario Frauken en voz alta—. De modo que usted señala también la posibilidad de que algo raro suceda en un edificio vecino al sanatorio: el depósito de cadáveres.

—La Morgue… —Dennis enarcó las cejas—. Sí, es una posibilidad…

—Claro que lo es —masculló Frauken—. El profesor Zakoff, su director, es uno de los hombres que amaron a Hilde Gruber…

—Vaya, eso es muy interesante —brillaron los ojos de Dennis Coward—. ¿Va a proceder a la exhumación?

—Sí. ¿Y usted, doctor, qué piensa hacer?

—Recorrer las cloacas, comisario, si usted me lo autoriza, en busca de algún indicio.

—Hágalo. Nosotros iremos más tarde. No tema por su amiga, la señorita Vaszary. Enviaré a uno de mis hombres con una orden de entrega de la paciente, firmada por el juez.

—Gracias, comisario —suspiró Coward, incorporándose—. Llevaré una luz conmigo.

—Y esto también —dijo Moritz Frauken, sacando un revólver de la gaveta de su mesa de despacho. Se lo tendió a Dennis—. Puede necesitarlo, doctor…

CAPÍTULO X

CRIPTA

Era el cadáver de una mujer.

La luz de petróleo osciló en la mano de Dennis Coward. Su claridad vacilante reveló una melena negra que se desprendía de la cabeza. Una peluca larga, sedosa. Debajo, un extraño rostro ensangrentado, churretoso, de maquillaje inquietante.

—Cielos, una mujer asesinada… Acribillada a cuchilladas… Parece que con un bisturí… —musitó Coward—. Y es…, es la que Ilona veía en sus alucinaciones… ¡La Dama Ciega! Todo va confirmándose, pero… ¿qué ha sucedido? ¿Quién la mató?

Se limitó a dejarla de nuevo, de bruces en aquel reguero de aguas pestilentes, rodeada de voraces ratas peludas, en aquel recodo poco visible de la alcantarilla. No podía hacer ya nada por ella, quienquiera que hubiera sido. Eran los seres vivos los que contaban.

Ilona, sobre todos.

Tenía que salvarla del cerco de horror que la rodeaba. Tenía que hacerlo.

Salió al centro de uno de los angostos túneles de bajo techo abovedado, por cuyos canales negruzcos discurrían las aguas residuales, con sus olores infectos. El calzado de Dennis Coward, enfangado, en aquellos detritus, había perdido su brillantez impecable. Despeinado, sucio, sudoroso, el hombre que se movía fanal en mano, a través del laberinto maloliente, distaba mucho de aquel *gentleman* típicamente británico que llegara un día a Viena, desde las brumas de Londres.

Buscaba un rastro, unas huellas que condujeran al asesino fantástico, descrito de modo incoherente por Ilona. El hombre que aterrorizó a ésta, el que sin duda mató a Romy Schultz en una

oculta cripta. Y que, quizá, asesinó también a la mujer morena, la falsa súcubo abandonada en las cloacas.

¿El profesor Fedor Zakoff, director del Depósito Municipal de Cadáveres?

Ésa era la sospecha de Moritz Frauken, el funcionario de la policía vienesa. Empezaba a ser, también, la suya propia…

Pero ¿dónde hallar la misteriosa cripta, dónde al profesor, dónde el cuerpo putrefacto de mujer, descrito por Ilona Vaszary?

Ése era el principal problema ahora. La evidencia de que Ilona no estaba anormal, y por tanto, Karl Siodmak no tenía motivos legales ni médicos para mantenerla internada en su alucinante establecimiento.

El chapoteo sordo de sus pisadas en el barro pestilente, continuó túnel abajo, pasando de uno a otro, volviendo recodos, salvando cruces y revueltas de aquel dédalo oscuro, donde la náusea hacía pareja con el agobio, y donde uno terminaba desorientado, perdido, pese a las señales que el joven médico inglés trazaba en los muros, bajo el chorrear constante de aguas sucias, con un trozo de tiza roja, bien visible a la claridad del farol. Sabía que extraviarse en el dédalo, significaba quizá horas y horas de agobiante incertidumbre. E incluso dos peligros ciertos: las ratas, por un lado. El asesino fantasma del subsuelo, por otro.

De repente, Coward se paró en seco, apoyándose en el muro, sin importarle ya demasiado que su deteriorada ropa se empapase de turbias filtraciones. Aguzó vista y oído.

No, no se había engañado. Venía gente.

Los murmullos resonaban en los túneles huecamente, rebotando de pared a pared. El vaivén lejano de unas luces, se reflejó en el agua. Roedores de malignos ojos centelleantes, huyeron con un sordo golpe, distanciándose.

Podían ser policías, enviados por el comisario Frauken. Pero éste había insistido en no intervenir directamente, en tanto no estuviese exhumado el cuerpo que, en el cementerio de Viena, yacía bajo la lápida dedicada a Hilde Gruber. Y a Dennis se le antojó demasiado pronto para todo eso.

De modo que empuñó el revólver de cinco tiros, con mano firme. Y esperó, pegado a la pared, tras un saliente del túnel.

Los otros hombres se aproximaron con rapidez. Vislumbró batas

blancas, luces, armas…

Y la voz que llegó a sus oídos, aun deformada por las huecas resonancias, no resultaba difícil de identificar:

—… Totalmente convencido, enfermero Schwartz —decía—. Ese monstruo existe. Quienquiera que sea, se ha llevado a Kristina Wassen, y ha asesinado a Lukas…

—Siodmak… —musitó para sí Coward—. Es él, con su gente… Esa mujer, Kristina Wassen, debe ser su cómplice, la víctima del asesino. Y también Lukas ha muerto… ¿Qué sucede aquí, Dios mío?

El doctor Siodmak estaba hablando de nuevo. Y lo que dijo ahora, heló la sangre en las venas de Dennis:

—No pierdan detalle en su búsqueda. Debe haber algún acceso oculto, una trampa, esclusa o puerta que, desde estos túneles, conduzca a alguna parte… Un lugar donde ahora quizá también esté ya muerta Ilona Vaszary, puesto que alguien la raptó, tras matar a Lukas…

¡Ilona, raptada! En poder del monstruo criminal…

Sintió Coward el escalofrío encaramándose, sutil, por su espina dorsal, hasta aguijonearle el cerebro.

—Cielos… —todos los peores presagios cruzaron su mente—. Hay que hacer algo urgente… Siodmak y sus esbirros dificultarán aquí la tarea, pero si mis sospechas y las del comisario son ciertas… sé dónde buscar con más probabilidades…

Sigiloso, caminó ahora, alejándose de la trayectoria de Siodmak y sus hombres. Encontró una salida al exterior. Emergió lejos de la Bayerstrasse. Pero aún era visible el edificio que se había convertido en su objetivo actual, y a él se dirigió ahora, con el rostro rígido, la mano hundida en su bolsillo, apretando la fría culata del revólver. Recibiendo la nieve, más copiosa ahora, en su rostro y ropas.

Hacia aquel sombrío, ominoso edificio cuadrangular.

Hacia la Morgue.

* * *

La Morgue…

Ella no podía saber que estaba allí. Pero allí despertó de su profundo sopor.

Apenas abrió los ojos, una convulsión de terror se los hizo cerrar de nuevo. La imagen difusa, amarilla y fúnebre, de los velones encendidos, permaneció retenida en su mente, aun con los párpados cerrados.

Luego, volvió a mirar, segura de haber tenido una alucinación.

—Hermosa Ilona, bien venida a la cripta de mi amada. Ella y yo te recibimos gozosos aquí…

¡Esa voz…!

Chilló. Chilló, invadida por el pánico. Quiso incorporarse, y no pudo. Notó que estaba ligada, tendida sobre una fría superficie. Ante ella, alta y lúgubre, la figura enlutada del hombre misterioso y cruel, aún con las huellas de las uñas de Romy en su faz, emergió en la neblina amarillenta de la cripta, sobre el fondo de la cera ardiente, como un trágico verdugo medieval.

—Puedes gritar cuanto quieras, criatura —sonrió fríamente Fedor Zakoff—. Nadie va a oírte aquí. Es el altar del sacrificio. De tu sacrificio, por el recuerdo de la más hermosa mujer que jamás existió.

—¿Sacrificio? —gimió Ilona, dominando su horror cuanto le era posible—. ¿Qué clase de sacrificio?

—Tu vida, Ilona hermosa. Tu vida, entregada a la Parca, para borrar la injusticia del fin de una mujer maravillosa, que no merecía morir…

—¿Morir? ¿Morir porque otra murió antes? ¿Qué clase de hombre es usted? ¡Está loco, rematadamente loco!

—¿Loco? —Zakoff rió entre dientes, con amargura—. Tal vez. Loco… Sí, mujer, loco de amor por ella… Sólo por ella, hasta el fin de mis días… Hilde, mi adorada Hilde…

Ahora sí. Ahora recordó Ilona, con un helado sudor en su cuerpo. Hilde. Hilde Gruber, la mujer del retrato en el altar… La famosa cantante. Muerta, corrompiéndose por momentos… No le era posible ver el féretro. Se preguntó dónde estaría.

Y la terrorífica, delirante respuesta a su pregunta, le llegó seguidamente; cuando, acercándose a ella, con desvariada expresión en su cadavérico semblante, su verdugo la anunció, ronca la voz:

—Tu muerte será hermosa, diferente a todas. Lenta y sublime, porque tendrás el honor de ir a su lado, de morir con ella… Mira, Ilona, muchacha. Mira lo que hay bajo tu cuerpo…

Con un esfuerzo, contrayendo el cuerpo ligado, pudo girar su cabeza, mirar debajo y…

Su garganta reventó en un trémulo, desgarrado alarido de horror.

¡Estaba reposando sobre el vidrio del ataúd! ¡Bajo su propio cuerpo indefenso, el repugnante festín de los gusanos proseguía en los jirones purulentos de un cadáver putrefacto y atroz!

Hilde Gruber se disolvía en viscoso caldo de corrupción, a sólo unos centímetros de su propio ser…

Zakoff rió sordamente al verla resolverse en vano sobre el túmulo funerario. Sus palabras fueron capaces de enloquecer a cualquiera, por íntegra y equilibrada que fuese su razón:

—Serás lanzada ahí dentro, preciosa… ¡Dentro del féretro de Hilde! Y con ella, envuelta en su miseria humana, serás pasto de sus mismos gusanos, y cuando la asfixia lenta e implacable termine con tu aliento, ambos cuerpos se fundirán en uno solo, más allá de la vida y de la muerte…

—¡No…, oh, no, NOOOO! —Sollozó, en el paroxismo del espanto la muchacha. Frenética, forcejeó, hasta que las ligaduras se hincaron en su piel, rasgándola y haciendo brotar sangre.

Sangre que dilató los ojos demenciales de Zakoff a su sola contemplación. Y que, comenzando él a desatornillar la gruesa tapa de vidrio, siguió atrayendo insanamente su mirada, mientras estriaba de rojo las muñecas, tobillos y muslos de la bella Ilona Vaszary.

El horror delirante comenzaba. El destino de la cautiva era el más diabólico, repulsivo y enloquecedor de todos los imaginables.

Y eso, iba a suceder ahora.

Ilona estaba sentenciada a sentir su cuerpo joven, palpitante, lleno de vida, semidesnudo entre las rasgadas ropas del sanatorio, como el de una virgen en el sacrificio pagano, pegado a la nauseabunda, informe masa fofa y descompuesta que yacía en aquel arcón funerario. Iba a experimentar el supremo espanto de la asfixia lenta, rodeada de larvas y gusanos de otro cadáver, yacente sobre un esqueleto bañado en carne diluida, en jugos fétidos, en hedor y asco infinitos…

Los tornillos salían ya, uno a uno.

La tortura mental se agotaba… para comenzar el verdadero

tormento de la muerte inacabable, en simas de terrorífica angustia.

De un instante a otro, su cuerpo sería volcado allá dentro… Hilde Gruber, con su descarnada mueca sardónica, esperaba en ultratumba.

* * *

La Morgue…

Dennis Coward sí sabía dónde estaba ahora. Dentro del depósito de cadáveres de Viena.

No había sido difícil. No como él esperaba, ciertamente. Había bastado quebrar unos viejos vidrios polvorientos. Y accionar la falleba interior de un angosto ventanuco en la planta baja, para saltar luego al interior, una vez abiertos los postigos.

Todo era oscuridad en el punto donde se encontró. Pero había una rendija de luz pálida, bajo una puerta cerrada. Se movió, tanteando muebles, papeles, objetos de cartón con cintas, apilados sobre unas mesas sucias de denso polvo. Eran legajos. Legajos y papeles. Documentaciones inútiles, de seres que ya no eran nada. Que ya no existían. Un mundo de nombres perdidos, de datos olvidados, de informes sin objeto.

El mundo frío de los muertos. La rutina de la burocracia incongruente, llevada por los hombres hasta más allá de donde todo ese absurdo significaba algo.

Probó la puerta. Cedió. Fue entreabriéndola. Asomó.

Estaba en un altillo, a ras de la calle. La Morgue estaba construida a más bajo nivel que el pavimento de la ciudad en aquel distrito. De abajo subía un frío húmedo y desapacible. Acaso parte de ese frío escapaba de la yerta piel de los cadáveres alineados en los depósitos. Era como deambular por un cementerio sin cruces ni tumbas.

Dennis avanzó por un corredor, bordeando la barandilla que asomaba a un vasto, destartalado vestíbulo alumbrado tristemente por los globos de la luz de gas. No vio a nadie. Nadie en absoluto.

Allá, tras una vidriera azul, se hallaba la frontera helada del edificio municipal. EL rótulo en la puerta, era bien visible:

Prohibían la entrada. Eso le tenía sin cuidado. Entró, sigiloso.

Había hecho prácticas con cadáveres, como cualquier interno de Medicina, allá en Londres. A pesar de ello, se estremeció. La situación no era la misma.

Pocos cadáveres se alineaban en las losas de mármol. No más de media docena. Azulados, impúdicos, tristes.

Los dejó atrás, caminando con huecas pisadas hacia la puerta del fondo. Leyó el rótulo correspondiente. Llevaba ya el revólver amartillado en su mano.

—Sala de autopsias —susurró—. Veamos eso…

Sólo un cadáver había sufrido la autopsia. Lo contempló, pensativo. Allí parecía terminar todo rastro. Una puertecilla metálica, al fondo, estaba herméticamente cerrada. Se dispuso a salir, para buscar por otro lado de la casa. Ignorando que se desorientaba justo en el sitio clave de su pesquisa…

El azar acudió en su ayuda. Y muy oportunamente.

Algo chirrió en la puerta de hierro. Una llave. Dennis miró rápido, en guardia. Al otro lado, alguien estaba abriendo.

—Cielos… —susurró, echándose a un lado, presuroso. Y como la puerta cedía hasta esta sala de autopsias, se situó donde la hoja metálica pudiera ocultarle.

Lo hizo muy a tiempo. La puerta se abrió.

Un hombre medio inválido, cojeando ostensiblemente, entró en la lúgubre estancia. Cerró, y vio rápidamente al intruso. Se quedó mirándole con estupor, maligna su expresión.

—¿Quién diablos…? —comentó, extrayendo una navaja de entre sus ropas, con la mano sana.

Dennis Coward no perdió el tiempo. Adelantó su brazo, fulminante. El cañón del revólver se estrelló en la sien de Hans Stern. Osciló éste, empezando a caer, y el inglés le soltó otro mazazo tras de la oreja.

Cuando el fiel servidor de Zakoff se derrumbó, tenía sueño profundo para rato. Dennis pasó por encima de su cuerpo, abrió la puerta, y asomó a la lóbrega escalera descendiente, casi gemela de la que recorriera en el sanatorio.

No vaciló mucho. Con tal decisión, cerrando firmemente los

dedos en torno a la culata de su revólver, comenzó, sigiloso, el descenso…

CAPÍTULO XI

LIBERACIÓN

El último tornillo.

La tapa estaba suelta ya. Sólo había que apartarla, girarla lo preciso, y volcar adentro a la desventurada Ilona Vaszary.

Sólo eso… y el horror llegaría a su apoteosis. Medio desvanecida ya por la náusea y el pánico, aguardaba como en trance el momento supremo de su perdición. Ya, ni siquiera tenía fuerzas para resistir, para gritar o para llorar.

—Todo a punto, Hilde mía… —habló con fervor el fanático, mirando al retrato de la que un día fuera la hermosa Hilde Gruber, y ahora era la pura, descarnada máscara de la muerte en su más fea y repulsiva expresión—. Todo a punto para el sacrificio. Tu carne recibirá el contacto de otra carne, joven y bella como la tuya… Y así será mientras yo viva, amor mío. Así será…

Avanzó las manos enguantadas. Movió el vidrio, que chirrió bajo el cuerpo estremecido de Ilona. Se erizaron los dorados cabellos de ésta…

Ya. Era tiempo.

La hora suprema y terrible.

Iba a caer a aquel fondo horripilante. Sólo un movimiento más… y se hundiría en la verdadera demencia, antes de morir.

Cerró los ojos, apretó sus labios, dominó sus ansias de chillar, de llorar, de reír incluso, en un estallido demencial.

Y esperó el vuelco. La caída…

* * *

Lo habían logrado.

El último esfuerzo había dado sus frutos. La cerradura cedió.

Podrían estar en un error, pero creía que sus cálculos, a la vista del plano de la ciudad, eran correctos.

Apenas chascó la llave ganzúa en el orificio de cierre, dejando expedito el paso, el doctor Karl Siodmak se volvió a sus hombres.

—Vamos —susurró—. Ya está expedito el paso. Creo que hemos encontrado lo que buscábamos. Si alguien nos sale al paso… ¡disparad sin rodeos!

Avanzó, decidido, con sus esbirros. El psiquiatra se adentró en un corredor húmedo, sombrío. Tras un recodo, la luz de las velas le probó que estaba en el sitio adecuado.

Su idea era aprovechar la ocasión. Y, además de deshacerse de tan peligroso enemigo, procuraría que algún disparo de su revólver alcanzase a Ilona Vaszary mortalmente. Eso dejaría las cosas limpiamente resueltas, de una vez por todas.

—Preparados —avisó, en un murmullo. Hizo un ademán, y avanzaron.

Un instante más tarde, doblaban el recodo. E irrumpían en la cripta.

—¡No se mueva! —aulló Siodmak, encarándose con el hombre alto, pálido y severo, a quien reconoció en el acto, inclinado sobre un féretro de tapa de vidrio. Encima de ésta, yacía Ilona, indefensa, atada con ligaduras…

—¡Doctor Siodmak! —rugió el hombre de la Morgue.

—¡Zakoff! —aulló el psiquiatra.

Se contemplaron vivamente ambos hombres, como dos fieras en acecho. Un odio mutuo e inexplicable hizo centellear sus ojos…

Rápido, Zakoff volcó la pesada tapa de vidrio. Pero lo hizo brusca, precipitadamente, y tanto Ilona como el vidrio, se fueron al suelo. Quebrándose en pedazos la tapa, con estruendo, sobre las baldosas de piedra. E Ilona; rodó, inconsciente, lejos del siniestro ataúd.

Sus ojos se clavaron en la forma descompuesta, en aquella masa en descubierto, cuyo hedor lo invadía todo ahora. En sus cabellos dorados, en su traje verde, en sus dientes blancos, única nota bella en aquel horror.

Un grito escapó de los labios de Siodmak. Sus negros ojos se

desorbitaron, sanguinolentos.

—¡No, no! —aulló. Se echó atrás, mortalmente lívido, con faz crispada, y chilló—: ¡No, Dios mío! ¡Hilde! ¡No me mires así, Hilde! ¡No puedes acusarme! ¡Hilde, aparta esos ojos de mí! ¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento de todo! ¡Te maté sólo por amor, Hilde mía! ¡Porque preferías a otro hombre antes que a mí!

—¿Qué…? —rugió Zakoff, descompuesto—. ¿Usted…, usted, doctor Siodmak, bastardo maldito, usted asesinó a Hilde? ¡Canalla, cobarde, paga tu crimen!

Saltó sobre Siodmak. Dispararon los esbirros del doctor simultáneamente.

Herido en varios puntos de su cuerpo, la sangre brotando tumultuosamente de los orificios abiertos en la negra levita, Zakoff tuvo fuerzas para caer sobre Siodmak, con ojos enloquecidos, aferrando su garganta con ambas manos.

Los dos hombres forcejearon, rabiosos, como fieras exasperadas, junto al féretro de Hilde.

—Suelta, demente… —jadeaba Siodmak—. ¡Suelta de una vez!

Pero Zakoff no soltaba. No cedía. Su locura, ahora que conocía la identidad del hombre que acuchillara a Hilde Gruber en la puerta del escenario del Teatro Nacional de la Opera, era más fuerte que la propia agonía de sus heridas.

Pugnaba por arrojar al psiquiatra al fondo del ataúd, sin lograrlo. Siodmak combatía contra aquellas desesperadas fuerzas, casi sobrehumanas, con toda la furia de su ansia de vivir.

Por fin, logró sepultar una mano en su bolsillo, extraer un bisturí largo, afilado…, y lo hincó por completo en el estómago de Zakoff.

Éste exhaló un ronco gemido, soltó, tambaleante, boqueando, a Siodmak.

—Asesi… Asesino… —masculló, vomitando sangre, terrible su expresión.

Nuevos disparos hicieron blanco en él. Le arrojaron contra el altar, que derribó bajo su peso.

Los velones encendidos, se volcaron, rodando al fondo del féretro, sobre el cadáver en descomposición…

Fedor Zakoff, el monstruo ejecutor de la Morgue, se vino abajo. Rodó sin vida, sobre las baldosas frías, ensangrentándolas.

Rápido, Siodmak recuperó y giró su revólver hacia Ilona

Vaszary. Nadie le veía ahora.

Su dedo se curvó en el gatillo. Ella, inconsciente, ni siquiera podía ver ya a la muerte.

* * *

Dennis Coward asomaba a la escalera de caracol.

Tuvo el tiempo justo para llegar al final de la tragedia. Y vio a Siodmak. Captó su maniobra asesina…

Levantó la mano armada. Apuntó una décima de segundo. Disparó.

La bala alcanzó el cráneo de Karl Siodmak. Justo un instante antes de que la bala del arma de éste partiera hacia Ilona.

Fue un disparo certero. Providencial.

El asesino ni siquiera llegó a saber lo que sucedía. La muerte fue instantánea. Su cerebro reventó, dispersado por la pieza candente. Ilona estaba salvada.

—Un solo gesto amenazador, y otros caerán detrás de vuestro jefe —avisó fríamente Dermis a los enfermeros armados, apuntándoles con su pistola—. La policía está al llegar.

Los hombres del sanatorio dejaron caer sus armas, muy lentamente. En el ataúd, las llamas de los velones prendían en las ropas y cabellos del cadáver. Los gusanos crepitaban en aquel fuego purificador.

Dennis descendió, aproximándose a Ilona. La apartó con un solo brazo, llevándola en vilo, contra sí, hasta lejos de donde unas llamaradas cerraban una historia de horror, sangre y demencia, que se iniciaría un día lejano en un palacete incendiado…

Principio y fin. Círculo cerrado.

Desde las alcantarillas llegó ruido de pisadas recias, murmullo de huecas voces, silbatos estridentes…

—La policía —suspiró Dennis, contemplando dulcemente a Ilona. Ella abría los ojos lentamente, la miraba, incrédula.

—Doctor…, doctor Coward —gimió—. Es… usted… No veo… alucinaciones…

—No. Ninguna alucinación —sonrió él—. Nunca las tuvo. Jamás estuvo loca ni enferma. Eran ellos los dementes. Ellos… Zakoff,

Siodmak… Son los que siempre debieran haber estado recluidos. Mentes morbosas, enfermizas, pasiones retorcidas, insanas… y el holocausto final.

Señaló el fuego que envolvía ya el ataúd, y su triste contenido. A espaldas de los enfermeros, apareció el comisario Moritz Frauken, con numerosos policías uniformados.

Ilona respiró hondo. Se apoyó en Dennis, que guardó su arma y le cortó las ligaduras, alzándola suavemente en sus brazos. Ambos jóvenes se miraron fija, intensamente.

—¿Y ahora qué sucederá, doctor Coward? —musitó ella.

—Ahora, su tío Zoltan y Tania Duska irán a prisión, y quizá al cadalso por el incendio provocado de Pressburg, y el homicidio de Sandor.

—Dios mío. Ellos fueron capaces…

—De todo, Ilona. Pero eso pasó ya. Ahora podrá recuperarse, olvidar, ser de nuevo usted misma.

—Sabía que podría confiar en usted, doctor. Desde que le vi, tuve fe en usted…

—Yo dudé, llegué a no creerla…, pero al fin todo se me presentó claro, Ilona. Me ha hecho muy feliz poderla ayudar.

—Ahora necesitaré un médico que me ayude, doctor Coward.

—Para usted ya no soy el doctor Coward, Ilona, sino Dennis, un amigo…

—También necesitaré un amigo, Dennis —sonrió ella, dulcemente, rodeando los hombros de él con sus brazos, para apoyarse mejor. Aunque a ella pareció gustarle la posición, y apoyó la cabeza dorada en el pecho del joven, con un suspiro—. Más que nada, un amigo.

—Ése lo tiene ya, Ilona, para todo lo que necesite en la vida —respondió Dennis Coward.

Y ambos siguieron mirándose.

Mirándose a los ojos, larga, profundamente…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.